

[La construcción educativa del sujeto neoliberal: El sujeto emprendedor/ Enrique Javier Díez Gutiérrez](#)

[Cuba frente a la cruzada del neoliberalismo/ Ernesto Limia Díaz](#)

[La influencia de la cultura norteamericana en Cuba/ Jesús Arboleya Cervera](#)

[Un maestro cubano a Harvard/ Francisca López Civeira](#)

[Cubanidad y Cubanía/ Fernando Ortiz](#)

[Entrevista con Víctor Hugo Morales: Los pobres no tienen voz/ Paquita Armas Fonseca](#)

[La impronta de Alfredo Guevara/ Luis Morlote Rivas](#)

[Alfredo Guevara: paradigma de la libertad en la lealtad/ Eusebio Leal](#)

La construcción educativa del sujeto neoliberal: El sujeto emprendedor

Enrique Javier Díez Gutiérrez

Contenido

La nueva razón del mundo. 1

La construcción del habitus capitalista. 2

La nueva subjetividad neoliberal: el máximo interés individual 3

La fábrica del sujeto neoliberal: la “empresa de sí”. 4

La sociedad del cálculo individual y la elección. 5

Lo público es el problema. 6

El riesgo: un estilo de vida. 7

La erosión de la personalidad. 8

Conclusión. 9

La nueva razón del mundo

Sigo en esta reflexión el análisis que Laval y Dardot (2013) plantean en su libro titulado “La nueva razón del mundo”. Estos autores se preguntan cómo es posible que, a pesar de las consecuencias catastróficas a las que han llevado las políticas neoliberales, estas sean cada vez más activas, hasta el punto de hundir a los estados y las sociedades en crisis políticas y regresiones sociales cada vez más graves. Cómo es posible que, desde hace 30 años, estas mismas políticas se hayan desarrollado y se haya profundizado en ellas sin tropezar con resistencias masivas que las impidan.

La globalización neoliberal capitalista no es sólo destructora de derechos, es también productora de cierto tipo de manera de vivir, de cierta forma de comprensión del mundo, de un tipo de relaciones sociales, de marcar, en definitiva, una subjetividad determinada. El neoliberalismo define un imaginario social marcado por una determinada normatividad, afirman. Esta norma obliga a cada persona a vivir en un universo de competición generalizada, sujeta las relaciones sociales al modelo del mercado, que empuja a asumir como normal e incluso a justificar desigualdades cada vez mayores, transformando incluso a la propia persona, que en adelante es llamada a concebirse y a conducirse con una empresa, un emprendedor de sí mismo. En definitiva, remodela la subjetividad.

El neoliberalismo tiende a estructurar y organizar, no sólo la acción de los gobernantes, sino también la conducta de los propios gobernados. El neoliberalismo es la “razón instrumental” del capitalismo contemporáneo, un capitalismo plenamente asumido como construcción histórica y norma general de la vida. De hecho, la globalización capitalista es como el agua para el pez. De la misma forma que un pez, en una fábula animada, no se percataría de vivir inmerso en un ambiente diferente al resto de las especies, los seres humanos tampoco solemos caer en la cuenta de que vivimos sumergidos en el modelo capitalista del que somos parte y en el que nos hemos ido socializando y que nos ha ido construyendo nuestra forma de pensar y comprender la realidad que nos rodea. A través de los medios de comunicación, empresas pertenecientes a grandes corporaciones, que transmiten las mismas informaciones y ocultan otras; mediante los discursos políticos y publicitarios reiterados, las normas y costumbres que socializamos y que nos presionan a asimilar a un determinado modelo de consumo, de expectativas, deseos y esperanzas; a través de los contenidos que se

nos transmiten en la educación formal o las películas y los videojuegos, made in Hollywood, que muestran una visión muy concreta de quiénes son los héroes y los villanos, dónde está el bien y dónde el mal, quiénes son los “nuestros” y cuáles son los enemigos. Todo nuestro entorno social contribuye a crear, mantener, justificar y sostener el denominado pensamiento único.

Los disidentes, los “divergentes”, no dejan de ser minorías periféricas, exaltadas, radicales antisistema, que incluso pueden adornar “folklóricamente” la democracia de la mayoría que es capaz de acoger en su seno la propia contestación, mientras no afecte, por supuesto, a los núcleos centrales del sistema.

De esta forma, la actualmente denominada “gobernanza” se hace dentro de ese supuesto espacio de “libertad” dejado a las personas para que acaben sometiéndose por sí mismas a ciertas normas y creencias que se van arraigando profundamente. Parafraseando al teórico marxista Antonio Gramsci, podemos constatar que cuando la clase dominada asume la ideología de la clase dominante, no se necesitan ejércitos de ocupación.

La construcción del habitus capitalista

No tenemos más que asistir a cualquier conversación en la calle y constataremos que la mayoría de la población cree en el mercado como mecanismo más eficiente (¡casi único!) de organización de la economía, cree en la “ley de la oferta y la demanda”, en el carácter sagrado de la propiedad privada, en que el Estado es un aparato lento y burocrático, que tiene que reducirse al mínimo y no intervenir en la economía. Como dice Susan George, parece como si “declararse en contra del libre mercado ahora fuera como declararse contra la maternidad”.

Es hasta ingenuo preguntarse “quién enseñó” estos contenidos. En verdad, podríamos decir que no los enseñó (en el sentido fuerte de una acción pedagógica formal e institucionalizada) nadie y, sin embargo, han sido aprendidos y asumidos por la mayoría. Porque lo “social” se educa a través de la socialización cotidiana en la vida, en el trabajo, en la escuela, en la posición que se ocupa, en los medios de comunicación. Se ha convertido una ideología en una doctrina, lo cual refuerza la inculcación al racionalizarla, al convertirla en un conjunto sistemático de razonamientos, de argumentaciones, de principios, repetidos insistentemente hasta configurarlos como la única realidad plausible.

Lo sorprendente es que las instituciones educativas o los medios de comunicación siempre se han declarado al margen de toda esta socialización, proclamando una “falsa neutralidad” que hoy día se ha revelado imposible. En el caso de la escuela podemos constatar cómo su currículo, su organización, su metodología, sus prácticas, las políticas educativas que las enmarcan, construyen una red en sintonía con el sistema social imperante. En el caso de los medios de comunicación no podemos olvidarnos que son empresas al servicio de unos intereses y cuyas cuentas de beneficios determinan sus enfoques y que la publicidad, la industria cinematográfica, de videoclips o de videojuegos es quien ayuda a construir y homogeneizar el actual imaginario colectivo a lo largo del planeta. Como analiza Tenti Fanfani (2003) estos medios institucionales e informales son los que contribuyen a ‘civilizar’ nuestra sociedad, inculcando en la población un habitus determinado: el habitus capitalista. Se ha ido configurando así un consenso de “sentido común” alrededor de ciertos temas básicos de la economía, la convivencia, la sociedad y la política, que se ha construido con la colaboración de estas instituciones formales e informales o, al menos, su silencio cómplice.

Aunque se hacen declaraciones teóricas bienintencionadas defendiendo los grandes valores recogidos en los derechos humanos e incluso se plasman en proyectos educativos en las instituciones formativas, como enfoques conductores de su actuación, o se introducen en códigos éticos en los medios de comunicación o grandes empresas, a los que se suponen que se deben atener, parece que el aprendizaje que prima, los valores reales que se exaltan, el curriculum en que se forma, las prácticas que se adoptan realmente, pasa por actuaciones, metodologías, prioridades y propuestas que poco tienen que ver con ellos, y cada vez más con el

modelo que el capitalismo exige de adaptación a sus principios y filosofía: aumentar sin límites la producción de mercancías industriales y suministrar más y más bienes; comprar para crecer y mantener el mercado; competir y ser el primero, porque el que llega arriba lo debe a su propio mérito basado en su trabajo y esfuerzo; asegurarse tener más “empleabilidad” que el resto de los aspirantes; aprovechar la oportunidad; asumir la desigualdad existente e incluso justificar la diferencia porque, en realidad, los que se quedan abajo son culpables porque no se esfuerzan lo suficiente. En todo caso, mirar para otro lado y no complicarse, porque no hay otra posibilidad, éste es el menos malo de los mundos posibles.

Este es parte del actual el imaginario colectivo que refleja cómo concebimos el orden mundial, cuáles son las condiciones para nuestras acciones y cuáles los valores por los que vale la pena luchar o, dado el caso, hacer un sacrificio. Los héroes y heroínas modernas no son médicas que salvan vidas, maestras que ayudan a desarrollarse a los niños y niñas, bomberos que apagan desastres, obreras que luchan por los derechos de todas y todos. Beyoncé, Ronaldo o Belén Esteban se han convertido en las nuevas estrellas mediáticas que marcan los deseos y las aspiraciones de buena parte de la sociedad. El imaginario del capitalismo ha triunfado y ha colonizado el “sentido común”. Se ha consolidado así la nueva subjetividad capitalista, donde la lógica del mercado se concibe como la lógica normativa generalizada, desde el Estado hasta lo más íntimo de la subjetividad. Para ello se requiere una gran política de educación de las masas que prepare y forme a los seres humanos para mantener y perpetuar esta nueva subjetividad.

La nueva subjetividad neoliberal: el máximo interés individual

Esta subjetividad neoliberal potencia el egoísmo biológico, frente a la solidaridad altruista. Responde a la idea de la responsabilidad individual: cuanto más se ocupe el Estado de nosotros, menos inclinados nos sentiremos a recurrir a nuestras propias fuerzas. Se trata de hacer de la empresa y el emprendimiento una especie de receta universal (Laval y Dardot, 2013).

Se pasa a considerar la “competencia” como el modo de conducta universal de toda persona, que debe buscar superar a los demás en el descubrimiento de nuevas oportunidades de ganancia y adelantarse a ellos. El emprendimiento pretende extender y sistematizar el “espíritu de empresa” en todos los dominios de la acción colectiva, muy particularmente el del servicio público. La educación y los medios de comunicación, sobre todo, serán los llamados a desempeñar un papel determinante en la difusión de este nuevo modelo humano genérico.

La cultura de empresa y el espíritu de empresa pueden aprenderse desde la escuela, al igual que los valores del capitalismo. No hay nada más importante que la batalla ideológica. Las grandes organizaciones internacionales e intergubernamentales (FMI, BM, OMC, OCDE) desempeñan un papel clave en lo que se refiere a estimular dicho modelo, haciendo de la formación en el espíritu emprendedor una prioridad de los sistemas educativos en los países occidentales.

No se trata sólo de la conversión de los espíritus; se necesita la transformación de las conductas. Esta es, en lo esencial, la función de los dispositivos de disciplina, tanto económicos, como culturales y sociales, que orienta a las personas a “gobernarse” bajo la presión de la competición, de acuerdo con los principios del cálculo del máximo interés individual.

La progresiva extensión de estos sistemas disciplinarios, así como su codificación institucional, han conducido finalmente a la instauración de una racionalidad general, una especie de nuevo régimen de evidencias como único marco de inteligibilidad de las conductas humanas. Esta inmensa ola ha ido fabricando un nuevo consentimiento, si no de las poblaciones, al menos de las elites en posesión del discurso público, y ha estigmatizado como “arcaicos” a quienes todavía osan oponerse (Laval y Dardot 2013).

De esta forma cada persona se ha visto compelida a concebirse a sí misma y a comportarse, en todas las dimensiones de su existencia, como portador de un talento-capital individual que debe saber revalorizar constantemente.

La fábrica del sujeto neoliberal: la “empresa de sí”

La clase trabajadora nunca se hubiera “convertido” voluntariamente o espontáneamente al modelo neoliberal mediante la sola propaganda del libre intercambio, ni únicamente por los atractivos del enriquecimiento privado. Ha sido preciso pensar e instalar, “mediante una estrategia sin estrategias”, los tipos de educación del espíritu, de control del cuerpo, de organización del trabajo, de reposo y de ocio, basados en un nuevo ideal del ser humano, al mismo tiempo individuo calculador y trabajador productivo.

El paso inaugural consistió en inventar el “ser humano del cálculo” que ejerce sobre sí mismo el esfuerzo de maximización de los placeres y minimización de las penalidades exigido por la existencia entre individuos de relaciones interesadas. El blanco del nuevo poder es la voluntad de realizarse uno mismo. El efecto buscado por las nuevas prácticas de fabricación y de gestión del nuevo sujeto es hacer que cada persona trabaje en su propia eficacia, en la intensificación de su esfuerzo, como si esa conducción viniera de él mismo, como si fuera ordenada desde el interior por el mandamiento imperioso de su propio deseo. Son las nuevas técnicas de “la empresa de sí”.

Se trata de producir sujetos emprendedores que, a su vez, reproducirán, ampliarán, reforzarán las relaciones de competición entre ellos. Y esto les impondrá, de acuerdo con la lógica de un proceso autorealizador, adaptarse subjetivamente cada vez más a las condiciones, cada vez más duras, que ellos mismos habrán producido. De este modo se ordena al sujeto que se someta interiormente, mediante un constante trabajo sobre sí mismo, a esta imagen: debe velar constantemente por ser lo más eficaz posible. Tiene que perfeccionarse mediante un aprendizaje continuo, aceptar la mayor flexibilidad requerida por los cambios incesantes que imponen los mercados. Experto en sí mismo, su propio creador, también su inventor y empresario. La economía se convierte en una disciplina personal.

La empresa se convierte así, no sólo en un modelo general a imitar, sino que define una nueva ética, cierto ethos, que es preciso encarnar mediante un trabajo de vigilancia que se ejerce sobre uno mismo y que los procedimientos de evaluación se encargan de reforzar y verificar. El primer mandamiento de la ética del emprendedor es “ayúdate a ti mismo”. La gran innovación de la tecnología neoliberal consiste, precisamente, en vincular directamente la manera en que una persona “es gobernada” con la manera en que “se gobierna” a sí misma.

Persigue, sobre todo, trabajar sobre sí mismo con el fin de transformarse permanentemente, de mejorar, de volverse cada vez más eficaz. Lo distintivo de este sujeto es el proceso mismo de mejora de sí al que se ve conducido, que lo lleva a perfeccionar sin cesar sus resultados y sus rendimientos. Los nuevos paradigmas, la “formación a lo largo de toda la vida” (longlife training) y la “empleabilidad”, son sus modalidades estratégicas más significativas.

El individuo, como empresa de sí, debe superar la condición pasiva de “trabajador” o “trabajadora”, de asalariado. Debe pasar a considerarse a sí mismo como una “empresa” que vende un servicio en un mercado. Ha llegado el momento de sustituir el contrato salarial por una relación contractual entre empresas de sí, en un país de “autónomos”.

Diferentes técnicas, como el coaching, la programación neurolingüística (PNL), el análisis transaccional y múltiples procedimientos vinculados a una escuela o un gurú, tienen como meta un mejor dominio de sí mismo, de las propias emociones, del estrés, de las relaciones con clientes o colaboradores, jefes o

subordinados. El objetivo de todas ellas es un refuerzo del yo, su mejor adaptación a la realidad. Saberes psicológicos, con un léxico especial, autores de referencia, métodos particulares, modos de argumentación de aspecto empírico y racional. Se presentan como técnicas pragmáticas de transformación de las personas orientadas a resultados. Van dirigidos a hacer al individuo más eficaz, empezando por el trabajo de auto-persuasión, en virtud del cual cada uno debe creer que los recursos necesarios para evolucionar se encuentran en él mismo. La fuente de la eficacia está en el interior de uno mismo. Los problemas, las dificultades, se convierten de este modo en una auto-exigencia, pero también en una auto-culpabilización, ya que somos los únicos responsables de lo que no sucede. De hecho, las “crisis” se convierten en auténticas oportunidades de demostrar su valía personal y su capacidad de recuperación.

La sociedad del cálculo individual y la elección

Estamos ante la revolución de una nueva moral que da así consistencia teórica a la antropología del sujeto neoliberal que está produciendo mutaciones subjetivas de masas. Ya no se trata de ejercer el poder mediante una pura coacción sobre los cuerpos, los pensamientos y los comportamientos, sino que debe acompañarse del deseo individual. Se trata de que cada persona se involucre y participe activamente. Lo cual supone que el cálculo individual penetre en la lógica común, en la definición del modelo vital de actuar, incluso de cara a los proyectos de futuro que cada persona imagina.

La estrategia neoliberal consiste en establecer la “obligación de elegir” como la única “regla lógica del juego” de la vida, concebida como un gran escenario regido por las reglas del mercado. De esta forma cada persona asume la necesidad de hacer un cálculo de interés individual, si no quiere perder “en este juego” del mercado. Más aún, si quiere valorizar su capital personal en un universo donde la acumulación parece la ley generalizada de la existencia y de la posible empleabilidad y supervivencia. Esta lógica es el horizonte de las estrategias neoliberales de promoción de la “libertad de elegir”.

La pomposamente denominada libertad de elección, que realmente esconde una selección en función del interés personal, es un tema fundamental de las nuevas formas de conducta de este sujeto neoliberal. Parece que no se pueda concebir una persona que no sea calculadora, al acecho de las mejores oportunidades. Elegir entre las ofertas alternativas la más ventajosa y maximizar su interés propio, es uno de los principios básicos. No se trata, por ejemplo, de exigir que todas las personas tengan acceso a los mejores centros educativos, sino de conseguir el mejor posible para “los míos”, que les de las mejores posibilidades de competir con los otros y conseguir las mejores ventajas. De esta forma una de las principales misiones del Estado se convierte en reforzar la competencia en los mercados existentes y crear la competencia allí donde todavía no existe, en este caso a través de financiar opciones privadas de centros educativos y ampliando la posibilidad de “libre elección”. O mediante el sistema de “cheque educativo”, donde ya no se financia directamente a las escuelas según sus necesidades, sino que se entrega a cada consumidor un cheque que representa el costo medio de la escolaridad y es éste quien debe “elegir” el centro escolar a quien asignarlo, añadiendo la suma necesaria en función de sus elecciones en materia de escolaridad. Es decir, se trata de sopesar entre diversas posibilidades y elegir la mejor oportunidad. El espacio público se construye así siguiendo el modelo del “global shopping center” donde el Estado contribuye a crear ese modelo de mercado.

En realidad, el sistema de los cheques educación tiene dos objetivos que están vinculados uno con otro: está destinado a convertir a las familias en “consumidoras de escuela”, como si de un producto o una inversión se tratara, que maximice sus oportunidades; y el otro objetivo es introducir la competencia entre los establecimientos escolares, que genere una administración o gestión del establecimiento escolar por rendimientos y objetivos, de tipo empresarial, con el fin de que compitan por alcanzar un alto puesto en los rankings de los mejores centros y puedan ser elegidos por el mayor número de consumidores y clientes.

Estos instrumentos de gestión y management, propios de las empresas privadas se introducen en las escuelas individualizando los objetivos y las recompensas, llevando incluso al profesorado a competir entre ellos. La competencia se convierte así en una forma de interiorización de las exigencias de rentabilidad a la vez que se introduce una presión disciplinaria en la intensificación del trabajo, el acortamiento de los plazos, la individualización de los salarios. Este último método, al vincular la remuneración con el rendimiento y la competencia, acrecienta el poder de la jerarquía y reduce todas las formas colectivas de solidaridad.

Esta estrategia disciplinaria se acompaña de la expansión de toda una “tecnología evaluativa”, entendida como medida del rendimiento y eficacia. Dado que cuanto más “libre” se es de elegir en el mercado, más se necesita conocer la “calidad” de los productos que nos ofrecen, para elegir con eficacia a fin de aumentar nuestras ganancias individuales y competir con más probabilidades de éxito en la jungla de la competencia de todos contra todos. El rendimiento de cuentas, la accountability, una forma de evaluación basada en los resultados medibles, se ha convertido en el principal medio para orientar los comportamientos, incitando al “rendimiento” individual.

Lo público es el problema

El tema principal de esta guerra ideológica ha sido la crítica del Estado como fuente de todos los derroches y freno de la prosperidad. Los servicios públicos mantienen la irresponsabilidad, la falta del aguijón indispensable de la competencia individual. El estado, además de ser demasiado costoso y un derroche burocrático, sobre todo desincentiva a los actores en lo que a producir se refiere: el subsidio del paro y las rentas mínimas mantienen a la gente dependiente del Estado, la gratuidad de los estudios empuja a la vagancia, las políticas de redistribución de los beneficios desincentiva el esfuerzo. Los impuestos progresivos generan efectos disuasorios de los actores más dinámicos, fuga de empresas y de capitalistas fuera del espacio nacional, que se ha vuelto no competitivo con el peso de las cargas que recaen sobre los beneficios del capital. Asistimos así a una completa inversión de la crítica social: mientras que, hasta los años 1970, el paro, las desigualdades sociales, la inflación, la alienación, todas las “patologías sociales” eran relacionadas con el capitalismo, desde los años 80 estos mismos males han comenzado a ser sistemáticamente atribuidos al Estado. Ronald Reagan hizo de ello un eslogan: “el Estado no es la solución, es el problema”.

Peor aún. La política del estado providencia desmoraliza y destruye las virtudes de la sociedad civil, el esfuerzo personal, el patriotismo, los mecanismos de la moralidad individual. Disuade a los pobres de tratar de progresar, desresponsabilizándoles, disuadiéndolos de buscar trabajo, de estudiar, de ocuparse de sus hijos e hijas, haciéndoles preferir el ocio al trabajo, lo cual les lleva a perder la dignidad y la autoestima. No hay más que una solución: la supresión del Welfare State y la reactivación de la solidaridad de la familia y el vecindario, obligando a los individuos, para evitar la deshonra, a asumir sus responsabilidades, recuperar su orgullo.

Y quitarles a los ricos para dar a los pobres, es igualmente disuadir a los ricos, mediante la fiscalidad, de enriquecerse. El impuesto progresivo es el principal peligro que amenaza este sistema y desanima a los ricos que no querrán arriesgar su dinero. Si el enriquecimiento debe ser el valor supremo, es porque se considera la motivación más eficaz para estimular a los trabajadores y trabajadoras de tal modo que aumenten sus esfuerzos y sus rendimientos.

Hay que dar un vuelco a la concepción de las personas como producto de su entorno socioeconómico y considerarles, por el contrario, como plenamente responsables de sus elecciones.

Los problemas económicos son vistos como problemas organizativos, y estos últimos, a su vez, son reducidos a problemas psíquicos ligados a un insuficiente dominio de sí mismo y de la relación con los demás. Esta

“filosofía de la libertad” hace recaer la responsabilidad del cumplimiento de los objetivos únicamente en individuo.

Hay que responsabilizar a los enfermos, a los estudiantes y sus familias, a quienes buscan empleo, haciéndoles soportar una parte creciente del coste que ellos mismos representan. Éste trabajo político y ético de responsabilización está íntimamente ligado a las numerosas formas de “privatización” de la conducta, porque la vida se presenta sólo como resultado de elecciones individuales. El obeso, el delincuente o el mal alumno son responsables de su suerte. La enfermedad, el paro, la pobreza, el fracaso escolar y la exclusión son considerados consecuencias de malos cálculos individuales. Las dificultades de la existencia, la desgracia, la enfermedad y la miseria, son fracaso de esa gestión, por falta de previsión de prudencia, de no haberse asegurado frente a los riesgos.

El riesgo: un estilo de vida

El nuevo sujeto neoliberal es contemplado como un propietario de “capital humano”. Capital que es preciso revalorizar mediante elecciones “sabias”, determinadas por un cálculo responsable de los costes y los beneficios. La distribución de los recursos económicos y de las posiciones sociales se considera exclusivamente como consecuencia de recorridos, logrados o no, de realización personal. El sujeto neoliberal está expuesto en todas las esferas de la existencia a riesgos vitales a los que no puede sustraerse y su gestión depende exclusivamente de decisiones estrictamente privadas. Ser empresa de sí supone vivir enteramente en riesgo. Lo nuevo reside en la universalización de este estilo de existencia.

En este discurso, el riesgo se plantea como una dimensión ontológica. Vivir en la incertidumbre se presenta como un estado natural. Es la “ley natural” de la precariedad. Esta nueva sociedad del riesgo individual es un campo de oportunidades para las propuestas más variadas de la protección y de la seguridad privadas, que van desde la alarma doméstica a las inversiones para la jubilación. Un inmenso mercado de la seguridad se ha desarrollado de forma proporcional a la debilitación de los dispositivos de seguros colectivos obligatorios, reforzando así, mediante un efecto de bucle, la sensación de riesgo y la necesidad de protegerse individualmente. En este contexto de riesgo, muchos derechos sociales han sido reinterpretados como elecciones individuales de protección personal. Es el caso, por ejemplo, de la educación y de la formación profesional, consideradas como escudos que protegen contra el paro y aumentan la “empleabilidad”.

Esta fabricación social y política de riesgos individualizados, genera nuevas oportunidades de gestión, no ya para el Estado social, sino para esas grandes empresas que proponen servicios estrictamente individuales de gestión de riesgos. El riesgo se ha convertido por entero en un sector mercantil, en la medida de que se trata de producir individuos que podrán contar cada vez menos con formas de ayuda mutua, como los mecanismos públicos de solidaridad.

El capitalismo avanzado es esencialmente destructor de la dimensión colectiva de la existencia. Se asiste a una individualización radical que hace que todas las formas de crisis sociales sean percibidas como crisis individuales, todas las desigualdades sean achacadas a una responsabilidad individual: “hemos vivido por encima de nuestras posibilidades”, que convierten a las víctimas en culpables. Hay toda una maquinaria que transforma las causas exteriores en responsabilidades individuales y los problemas vinculados al sistema en fracasos personales.

El sujeto es considerado responsable de este riesgo y también que la elección del modo de cubrirlo. Lo conveniente para mostrarse “activo”, saber “gestionar los riesgos”, sería una gestión activa en materia de empleo, de salud, de formación. El papel de los poderes públicos es proporcionar información. A partir del momento en que se supone que el individuo está en disposición de acceder a las informaciones necesarias para su elección, hay que suponer que se convierte en plenamente responsable de los riesgos que corre. Esto

permite una transferencia del riesgo hacia el enfermo elige un tratamiento o una operación, el estudiante o el parado que eligen una formación, el futuro jubilado que elige un modo de ahorro, el viajero que acepta las condiciones de un itinerario, etc. Se comprende entonces hasta qué punto la confección de indicadores y de rankings participa de la extensión del modo de subjetivación neoliberal: toda decisión, ya sea médica, escolar, profesional, corresponde de pleno derecho al individuo.

La erosión de la personalidad

El nuevo sujeto es el ser humano de la competición y del rendimiento. El empresario de sí mismo es un ser hecho para triunfar, para ganar. “We are the champions”, tal es el himno del nuevo sujeto empresarial. Con una advertencia: no hay lugar para los perdedores. El conformismo se vuelve sospechoso, porque el sujeto está obligado a “trascenderse”. El éxito se convierte en el valor supremo. La voluntad de triunfar, a pesar de los fracasos inevitables, y la satisfacción que proporciona haberlo logrado al menos por un momento en la vida, tal es el sentido de la misma.

La gestión neoliberal de la incertidumbre y la brutalidad de la competición implica que los sujetos las soporten bajo la forma de fracaso personal, vergüenza y desvalorización. Una vez que se ha aceptado entrar en la lógica de este tipo de evaluación y responsabilización, ya no puede haber una verdadera protesta, ya que el sujeto ha llevado a cabo lo que de él se esperaba mediante una coacción autoimpuesta. Una de las paradojas de este modelo, que exige este compromiso total de la subjetividad, es sin duda la deslegitimación del conflicto, debido a que las exigencias impuestas no tienen sujeto, no tiene un autor, ni fuentes identificables. El conflicto social está bloqueado porque el poder es ilegible. Esto es, sin duda, lo que explica una parte de los nuevos síntomas de “sufrimiento psíquico”. Por qué en vez de llenarse, en épocas de crisis, los sindicatos con trabajadores y trabajadoras que se unen para luchar por sus derechos, son las consultas de los psiquiatras las que están a rebosar de individuos con depresiones, ansiedad, insatisfacción y sentimientos de fracaso y desvalorización personal.

El culto del rendimiento conduce a la mayoría a experimentar su insuficiencia y aparecer formas de depresión a gran escala. El diagnóstico de depresión ha conocido una multiplicación por 7 en las últimas décadas. La depresión es, en realidad, el reverso del rendimiento, una respuesta del sujeto a la obligación de realizarse y ser responsable de sí mismo, de superarse cada vez más en esa aventura como emprendedor de sí.

El reverso del discurso de la “realización de sí” y del “éxito en la vida”, supone una estigmatización de los “fallidos”, de los “pasmados” y de la gente infeliz, o sea, incapaz de acceder a la norma social de la felicidad. El fracaso social es considerado como una patología. El sujeto neoliberal debe ser previsor en todos los dominios (seguros de todo tipo), debe operar en todo como si se tratara de inversiones (en un “capital educación”, en un capital salud, en un “capital vejez”), debe elegir de forma racional entre una amplia gama de ofertas comerciales para la compra de los servicios más simples (el modo de recibir su correo, sus accesos a las redes, sus proveedores de electricidad y de gas). Ante esta enfermedad de la responsabilidad, ante este desgaste provocado por la elección permanente, el remedio más extendido es un dopaje generalizado. El prozac toma el relevo, su consumo suple a las instituciones debilitadas.

El capitalismo corroe el carácter, especialmente los rasgos de carácter que vinculan a los seres humanos unos con otros y dan a cada cual un sentimiento duradero de su propio yo (Sennett, 2000). La planificación del tiempo a largo plazo ha dejado de tener sentido en este contexto de sociedad líquida. El trabajo ya no ofrece un marco estable, una carrera previsible, un conjunto de relaciones personales sólidas. Se impone la inestabilidad de los proyectos y de las misiones, la variación continua de las redes y los equipos: el mundo profesional se convierte en una suma de transacciones puntuales en lugar de relaciones sociales que impliquen un mínimo de lealtad y de fidelidad. Esta tendencia a no considerar más que las competencias inmediatamente utilizables explica la rápida obsolescencia, así como la expulsión de los seniors fuera de la vida profesional,

social y política. Con la edad se enfrentan al sentimiento deprimente de su inutilidad social y económica. Siempre hay que volver a empezar, siempre hay que demostrarlo todo, hay que volver a partir de cero. La nueva personalidad es un yo más maleable, collage de fragmentos en perpetuo devenir (Sennett, 2000).

La erosión de los vínculos sociales se traduce en el cuestionamiento de la generosidad, de las fidelidades, las lealtades, las solidaridades, de todo aquello que participa de la reciprocidad social y simbólica en los lugares de trabajo. Al ser la “movilidad” una de las principales cualidades esperadas del individuo contemporáneo, la tendencia al desapego y la indiferencia que ello resultan entran en contradicción con la exaltación del “espíritu de equipo”. Surge el modelo del equipo de geometría variable, estrictamente operativo para realizar los objetivos asignados. La ideología del éxito del individuo “que no le debe nada a nadie”, genera la desconfianza, incluso el odio, hacia los humanos pobres, los perezosos, los viejos improductivos y los inmigrantes. Pero también tiene efectos boomerang, dado que cada cual siente amenaza de volverse algún día ineficaz e inútil.

La reestructuración neoliberal convierte a la ciudadanía en seres consumidores de servicios que nunca tienen que asumir a otra cosa más que su satisfacción egoísta. Es esto lo que conduce a implicar a las personas enfermas haciéndoles soportar una parte creciente de los gastos médicos, a los estudiantes aumentando el precio de las matrículas en las universidades. El deterioro de toda confianza en las virtudes cívicas tiene, sin lugar a dudas, efectos performativos sobre el modo en que los nuevos ciudadanos-consumidores consideran su contribución fiscal y las cargas colectivas y el “retorno” que obtienen a título individual. Dichos ciudadanos-consumidores ya no son llamados a juzgar las instituciones y las políticas de acuerdo con el punto de vista del interés de la comunidad política, sino en función tan sólo de su interés personal. Lo que así resulta radicalmente transformado es la definición misma del sujeto político.

Conclusión

En este modelo neoliberal la empresa es promovida a la categoría de modelo de subjetivación: cada cual es una empresa a gestionar y un capital que hay que hacer fructificar. La extensión de la racionalidad mercantil se expande a todas las esferas de la existencia humana, haciendo de la razón neoliberal una verdadera razón-mundo.

No hay derechos sin contrapartidas, se dice para obligar a los parados a aceptar un empleo degradado, para hacer que los enfermos paguen o que lo hagan los estudiantes -a cambio de un servicio cuyos beneficios se consideran estrictamente individuales-. El acceso a cierto número de bienes y servicios ya no se considera vinculado a los derechos derivados de la condición de ciudadano o ciudadana, sino como resultado de una transacción entre una prestación y un comportamiento esperado o con costo directo para el usuario. La figura del “ciudadano” deja paso al sujeto empresarial. La referencia de la acción pública ya no es el sujeto de los derechos, sino un actor auto-emprendedor. Los modos de transacción negociados caso por caso para resolver problemas tienden así a reemplazar a las reglas del derecho público y a los procedimientos de decisión política legitimados por el sufragio universal.

La socialdemocracia se incorporó hace tiempo a este modelo neoliberal, sustituyendo la lucha contra las desigualdades por la lucha contra la pobreza. A partir de entonces, la solidaridad es concebida como una ayuda dirigida a los excluidos del sistema, a las bolsas de pobreza, de acuerdo con una visión “cristiana” y caritativa. Esta ayuda, que tiene como objetivo a poblaciones específicas (“disminuidos”, personas mayores, con baja jubilación, mujeres maltratadas, etc.), para no ser creadora de dependencia debe acompañarse de un esfuerzo personal en un trabajo efectivo. En otros términos, la nueva izquierda socialdemócrata adaptó la matriz ideológica de sus oponentes tradicionales, abandonando el ideal el de la construcción de los derechos sociales para todos y todas.

Todo discurso “responsable”, “moderno” y “realista”, o sea, que participa de esa racionalidad, se caracteriza por la aceptación previa de la economía de mercado, de las virtudes de la competencia, que las ventajas de la mundialización de los mercados, aunque denuncie la ideología de la jungla para desmarcarse de la derecha, afecta, asume y reproduce una forma de pensamiento, una forma de plantear los problemas, y, en consecuencia, un sistema de respuestas que constituyen una racionalidad envolvente. Incluso cuestiona las soluciones de la izquierda “radical” a la que denomina “arcaica”: el compromiso por la justicia social, afirman, se confundía demasiado a menudo con la consigna de la igualdad de beneficios. La consecuencia que se tenía era la poca atención que se prestaba a la recompensa personal en el esfuerzo y en la responsabilidad: se corría el riesgo de confundir socialdemocracia con conformismo y mediocridad, en vez de encarnar la creatividad, la diversidad y el rendimiento. Es necesario igualmente flexibilizar los mercados de trabajo: las empresas deben tener el margen de maniobra suficiente para actuar y aprovechar las ocasiones que se presente: no tiene que haber un exceso de reglas que las entorpezca. La adaptabilidad y la flexibilidad son ventajas cada vez más rentables en una economía basada en el conocimiento. Luego hay que bajar los impuestos, muy en particular los que podrían perjudicar a la competitividad de las empresas, y reducir el papel del Estado.

El neoliberalismo se niega a sí mismo como ideología, porque se considera la “razón” misma. Las prácticas neoliberales se defienden de la atribución de toda ideología. La dogmática neoliberal se propone como una pragmática general indiferente a sus orígenes partidarios. La “modernidad” y la “eficacia” no son de derechas ni de izquierdas, de acuerdo con la fórmula de quienes “no hacen política”. Esto permite medir la distancia entre el período militante del neoliberalismo político de Margaret Thatcher y Ronald Reagan, y el período de gestión, en el que ya se trata únicamente de “buena gobernanza”, de “buenas prácticas” y de “adaptación a la globalización”. En suma, la gran victoria ideológica del neoliberalismo ha consistido en “desideologizar” las políticas que lleva a cabo, hasta tal punto que ya no deben ser ni siquiera objeto de debate.

La gubernamentalidad neoliberal no es, precisamente, democrática en la forma y antidemocrática en los hechos; ya no es democrática en absoluto, ni siquiera en el sentido formal. Es a-democrática.

El gran logro del neoliberalismo ha sido la producción del sujeto neoliberal o neosujeto. La cuestión no es ¿cómo imponer al capital un retorno al compromiso anterior al neoliberalismo? Es: ¿cómo salir de la racionalidad neoliberal? Pero, como se sabe, es más fácil evadirse de una prisión que salir de una racionalidad, ya que esto supone liberarse de un sistema de normas instauradas mediante todo un trabajo de interiorización. La única vía práctica consiste en promover desde ahora formas de subjetivación alternativas al modelo de la empresa de sí.

Lo primero es resistirse a esta gubernamentalidad. Oponerle una subjetivación mediante contra-conductas. Negarse a conducirse como empresa de sí, tanto para uno mismo como para con nosotros, de acuerdo con la norma de la competencia. Lo cual supone negarse a ser autoenrolado en la carrera del rendimiento, con la condición de establecer con los demás relaciones de cooperación, de puesta en común y de compartir.

El rechazo colectivo a trabajar más, puede ser un buen ejemplo de una actitud que puede abrir la vía a esta clase de contra-conductas de cooperación. Las prácticas de compartir el saber, de asistencia mutua, el trabajo cooperativo, pueden esbozar otra razón del mundo. Esta razón alternativa no podría dársele mejor nombre que la “razón del procomún”.

Bibliografía

Bauman, Z. (2013). Es necesaria una nueva batalla cultural. Nueva Sociedad, 247, 81-89.

Díez Gutiérrez, E.J. (2014). La cultura del emprendimiento: educar en el capitalismo. Cuadernos de Pedagogía, 445, 50-53.

Díez Gutiérrez, E.J. (2007). *La Globalización neoliberal y sus repercusiones en la educación*. Barcelona: El Roure.

George, S. (2001). *Informe Lugano*. Barcelona: Icaria-Intermón Oxfam.

Han, B. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.

Laval, Ch. y Dardot, P. (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.

Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter*. Barcelona: Anagrama.

Fuentes electrónicas

Botía, B. (2014). El emprendimiento como ideología. Blog Canal de Educación [Consultado el 17 de junio de 2014]. En <http://www.blogcanaleducacion.es/el-emprendimiento-como-ideologia/%5D>

Tenti Fanfani, E. (2003). La escuela y los modos de producción de la hegemonía. *Propuesta Educativa, Revista de Educación FLACSO*. [Consultado el 10 de junio de 2014].

En <https://www.yumpu.com/es/document/view/8308586/la-escuela-y-los-modos-de-produccion-de-la-hegemonia-emilio-tenti-%5D>

Acerca de Enrique Javier Díez Gutiérrez

Profesor de la Universidad de León (España). Autor de publicaciones sobre Educación Intercultural, Política Educativa, Videojuegos, Género, Cultura organizativa y Organización Educativa.

[Ir Arriba](#)

Cuba frente a la cruzada del neoliberalismo

Ernesto Limia Díaz

En el verano de 1989 Francis Fukuyama divulgó en *The National Interest* la versión de su ponencia «The End of History?» («¿El fin de la Historia?»), impartida en el Centro John M. Olin de la Universidad de Chicago — una de las plataformas del pensamiento neoconservador—, que dirigía Samuel P. Huntington. Estados Unidos y sus aliados derrotaban al socialismo, y la evolución ideológica del mundo parecía culminar en la universalización de la democracia occidental; vencido el socialismo real, no existía ninguna alternativa de modelo de desarrollo viable que prometiera mejores resultados, apuntaba Fukuyama, con cierta duda expresada mediante el signo de interrogación.

Una élite transnacional que concentró el capital y el poder económico tras controlar la tecnología, la información y los servicios, convertía la Tierra en una fábrica global; la fase de trabajo intensivo de la producción internacional era desplazada al Sur, donde estaba la mano de obra barata. Con la desintegración del campo socialista, desde Europa del Este hasta América Latina, los Estados, las economías y los procesos políticos se integraban bajo su égida. Esa élite no quería intervención estatal: ¡había llegado la era del neoliberalismo!

Doctorado en la Universidad de Harvard con una tesis sobre la política exterior de la URSS, Fukuyama se había formado como soviólogo en la Corporación RAND —organización de estudios consultivos que trabaja para el Pentágono— y en el área de Planeamiento Político del Departamento de Estado, con el neoconservador

Paul D. Wolfowitz, quien lo convocó a su staff en 1981. En 1983 volvió a la RAND y allí permaneció hasta que en febrero de 1989 retornó al Departamento de Estado como subdirector de Planeamiento Político. Más que un axioma teórico, su «tesis» respondía al eufórico anuncio con que la Administración Bush (padre) se proclamaba vencedora de la Guerra Fría. Y el escenario escogido para hacerlo no podía resultar mejor: Samuel P. Huntington propugnaba que el modelo neoliberal constituía un requisito previo para la democracia, por lo que cuestionar el modelo significaba cuestionar la democracia misma. «El mantenimiento de políticas democráticas y la reconstrucción del orden social son fundamentalmente incompatibles» —aseveró en un artículo ese propio año (Huntington, 1989: 24).

Fukuyama relató que la idea del fin de la Historia le vino a la mente en el curso de los años 1988-1989, mientras leía publicaciones soviéticas en las que se trataba el tema de la legitimidad de la propiedad privada. Al escuchar a Gorbachov manifestar que el verdadero significado del socialismo consiste en que el débil ha de apartarse del camino del fuerte y productivo, comprendió que la estructura ya no podría mantenerse intacta; de alguna manera empezaría a desplomarse.

Derrumbado el Muro de Berlín y desintegrada la URSS, Fukuyama volvió en 1992 sobre esta «tesis», con El fin de la Historia y el último hombre, pero ya no se la planteó como una interrogante. El libro fue traducido a más de 20 idiomas y generó gran revuelo en los círculos académicos internacionales. Seminarios, debates y artículos se dedicaron a polemizar acerca de la teoría de que la Historia habría acabado porque el capitalismo neoliberal era irreversible. Una descomunal campaña mediática se encargó de someter al mundo a la creencia de que no sería posible construir una vida diferente; era un llamado a la más absoluta apatía —empleada como arma, o como droga—, para ahogar el espíritu de los pueblos. «Mucha gente pensó que la crisis del sistema soviético significaba la crisis del marxismo [...] un error garrafal; sin embargo, eso confundió a mucha gente» —testimonió en La Habana Atilio Borón (Borón, 2007: 31).

Fue la época en que una puesta en escena del historiador y dramaturgo Howard Zinn llevó hasta el Soho de Nueva York a Carlos Marx y lo puso a hablar con los estadounidenses para explicarles que el de la URSS no era realmente un Estado marxista y que las ideas marxistas sobre el capitalismo conservaban plena vigencia «...porque ahora estoy en Nueva York, y veo gente viviendo en la calle y veo cómo las compañías controlan el Gobierno, y veo cómo la gente está absolutamente controlada por la televisión y la propaganda del Gobierno, y cómo todavía hay diferencias de clases. Sí, las ideas marxistas están vivas aún» (Zinn, 2007: 80).

Los círculos de poder en Washington no cabían de regocijo. Dos proyectos neoliberales: la Iniciativa de Empresa para las Américas, anunciada por George H. Bush en 1990, y la batalla por un Tratado de Libre Comercio de la América del Norte con México y Canadá, firmado por Bill Clinton en 1993, eran comunicados como la política norteamericana más innovadora hacia América Latina en toda la historia. En 1994, en La diplomacia, el ex secretario de Estado Henry Kissinger abundó al respecto: «La única dictadura que subsiste en el continente es la de Cuba. En el resto del hemisferio, los métodos nacionalistas y proteccionistas de la administración económica están siendo reemplazados por economías libres [...] el último y dramático objetivo es la creación de una zona de libre comercio que llegue de Alaska al Cabo de Hornos: concepto que hasta hace poco tiempo se habría considerado irremediabilmente utópico» (Kissinger, 2004: 830).

Con la mayoría de los Estados a sus pies, la élite transnacional no conseguía, sin embargo, someter a los pueblos. El 1.º de enero de 1994 Latinoamérica despertó con la insurrección zapatista, lo que, al decir de Atilio Borón, provocó que los pensadores del Continente repararan en que había otra realidad; que estaban en medio de una crisis, frente a un proceso de reconstrucción (Borón, 2007: 31).

Se impuso en Washington una interrogante: ¿cómo derrotar la resistencia a la homogeneización cultural? El propio Fukuyama salió del Departamento de Estado y fue a la Universidad George Mason, en Virginia, a estudiar el rol de la cultura en la sociedad neoliberal. Allí apreció que la mayoría de los estadounidenses creía que la privatización era la futura tendencia en las políticas públicas y que un examen más cerrado de las redes sociales revelaba que la verdadera energía emprendedora —en materia de propiedad privada— se encontraba en los estratos más bajos, razón por la cual el Banco Mundial, que antes solo prestaba a bancos y grandes empresas, estaba abogando por multiplicar los micropréstamos, en una política tendente a universalizar ese espíritu emprendedor.

También propugnó Fukuyama que el nivel de desarrollo económico resultante de la globalización neoliberal conducía a la creación de sociedades complejas con una poderosa clase media, factor que creía determinante para facilitar la democracia neoliberal. Llegó a plantear que el término globalización es un eufemismo de «americanización», porque Estados Unidos es la sociedad capitalista más avanzada y sus instituciones representan el desarrollo de las fuerzas del mercado. Y en el verano de 1989, en el décimo aniversario de su estrellato, publicó un nuevo artículo en *The National Interest*: «Second Thoughts: The Last Man in a Bottle» («Reconsiderando: El último hombre en la botella»), cuyas conclusiones no debemos perder de vista: «El período que comenzó con la Revolución Francesa ha visto el ascenso de diferentes doctrinas que esperaban superar los límites de la naturaleza humana por medio de la creación de una nueva clase de ser humano, uno que no estaría sujeto a los prejuicios y limitaciones del pasado. El fracaso de esos experimentos a finales del siglo xx nos enseñó los límites del constructivismo social y refrendó un orden liberal basado en el mercado» (Fukuyama, 1999: 33).

En 2005 en Mar del Plata, Argentina, Latinoamérica derrotó el Tratado de Libre Comercio para las Américas (ALCA) —instrumento con el que Estados Unidos anunció que integraría a toda la región al modelo neoliberal. Pero a la altura de hoy se ha producido una reacción de la derecha, que Barack Obama adelantó durante su discurso anual sobre el estado de la Unión en 2013, cuando anunció que su país elevaría las exportaciones y garantizaría su «igualdad de oportunidades» mediante una Alianza Transpacífica —a la que se sumaron Chile, Perú y México en la región— y una Alianza Transatlántica con la Unión Europea: ¡el mundo a sus pies!

El periodista Vicenç Navarro comenta que en Cataluña resulta «...casi imposible leer los diarios, oír la radio o ver la televisión, sin que este mensaje de superioridad de lo privado sobre lo público se repita constantemente con una frecuencia machacona digna del mejor lavado de cerebro». Académicos neoliberales copan los medios «...acentuando el valor de la genialidad de los grandes emprendedores, y atribuyendo el éxito de las empresas más conocidas a la libertad que favorece el capitalismo». Navarro contrapone a este mito el libro *The Entrepreneurial State*, con el que Mariana Mazzucato, profesora de economía e innovación en la Universidad de Sussex, en el Reino Unido, prueba que las compañías Apple y Google —dos casos emblemáticos— y toda la industria electrónica no hubiesen existido sin la activa intervención del Estado federal y de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, que financiaron gran parte de los «descubrimientos» atribuidos a los más importantes emprendedores privados, incluido Steve Jobs, cofundador y presidente ejecutivo de Apple Inc. (Navarro, 2016).

Este fenómeno, que no se circunscribe a Cataluña o Europa, constituye un patrón repetido en Asia, África y América Latina, respaldado por la revolución en la tecnología de la información que ha llevado el teléfono, la radio, la televisión e Internet a los rincones más remotos de la Tierra. Hoy Google, Facebook, Amazon, Apple y Microsoft son las multinacionales que más dinero mueven en los lobbies del Capitolio, por encima de General Electric, los gigantes de la defensa Boeing y Lockheed Martin o la petrolera ExxonMobil; mientras la inversión publicitaria de las transnacionales crece a nivel global hasta superar la inaudita cifra de 400 000 millones de dólares.

Otro dato: las películas, series y espectáculos televisivos, videojuegos, videoclips y anuncios publicitarios de la industria del entretenimiento estadounidense tienen copado el planeta y gozan de preferencia en públicos de las más diversas culturas; pero esa rama está controlada por seis corporaciones: Comcast, Viacom, Time Warner, CBS, The News Corporation y Disney, dueñas, en su conjunto, de más del 90% de los medios de difusión impresos y electrónicos de Estados Unidos, incluidos la televisión por cable y por ondas aéreas, la radio, los periódicos, las editoriales, las productoras cinematográficas, de comics y de videojuegos, y han diversificado sus inversiones hasta llegar al complejo militar industrial. Lo más importante: «...las grandes corporaciones no son solo los principales productores de los medios de difusión de masas y comerciales de los Estados Unidos; también constituyen su principal mercado, lo cual profundiza el cautiverio de dichos medios, supuestamente democráticos e independientes, respecto al gran capital» —asevera el periodista estadounidense Paul Louis Street (Street, 2015).

Joseph E. Stiglitz, Premio Nobel de Economía y profesor en la Universidad de Columbia, arroja luz sobre el mundo que oculta este gran negocio, en su libro *El precio de la desigualdad: los mercados por sí solos no son eficientes ni estables y tienden a acumular la riqueza en las manos de unos pocos*, mientras los Estados y

gobiernos que siguen los dictados neoliberales dan ventaja solo a los más ricos. El «sueño americano» es un mito: el 1% de la población disfruta de las mejores viviendas, la mejor educación, los mejores médicos y el mejor nivel de vida. Stiglitz se plantea el problema en términos éticos:

«¿Nuestro sistema de mercado está erosionando los valores básicos? [...]. Un sistema básico de valores tendría que haber generado, por ejemplo, sentimientos de culpa por parte de quienes se dedicaron a los préstamos abusivos, de quienes proporcionaron hipotecas a personas pobres que eran como bombas de relojería o de quienes diseñaban los «programas» que daban lugar a comisiones excesivas [...] unas comisiones por valor de miles de millones de dólares. Lo que resulta asombroso es que pocas personas parecían —y siguen pareciendo— sentirse culpables, y que muy pocas dieron la voz de alarma. Algo ha pasado con nuestro sentido de los valores cuando el fin de ganar más dinero justifica los medios [...].

«Gran parte de todo lo que ha estado ocurriendo solo puede describirse en términos de «penuria moral». Algo malo le ha sucedido a la brújula moral de muchísima gente que trabaja en el sector financiero y en otros ámbitos. Que las normas de una sociedad cambien de forma que tanta gente llegue a perder el norte moral dice algo significativo acerca de esa sociedad. Parece que el capitalismo ha transformado a las personas que cayeron en su trampa» (Stiglitz, 2012: 21-22).

Stiglitz no es la única personalidad estadounidense en abordar el problema desde este punto de vista. El 29 de junio el candidato presidencial demócrata Bernie Sanders publicó un artículo en The New York Times, que vale la pena citar en extenso:

«Increíblemente, las 62 personas más ricas de este planeta poseen tanta riqueza como la mitad inferior de la población del mundo —alrededor de 3,6 mil millones de personas. El 1% posee ahora más riqueza que la totalidad del 99% restante. Los muy, muy ricos, disfrutan de un lujo inimaginable; mientras que miles de millones de personas sufren pobreza extrema, desempleo y reciben inadecuados servicios como atención médica, educación, vivienda y agua potable.

«En los últimos 15 años, han cerrado cerca de 60 000 fábricas en este país y más de 4,8 millones de bien remunerados empleos en la manufactura han desaparecido. Gran parte de esto está relacionado con los desastrosos acuerdos comerciales que alientan a las empresas a trasladarse a países con salarios bajos. A pesar de importantes incrementos en la productividad, el trabajador masculino promedio en Estados Unidos está ganando hoy \$726 dólares menos de lo que ganaba en 1973, mientras que la mujer trabajadora promedio gana \$1 154 menos de lo que ganaba en 2007, después de ajustar las cifras a la inflación.

«Casi 47 millones de estadounidenses viven en la pobreza. Se estima que 28 millones no tienen seguro médico, mientras que muchos otros no poseen seguro suficiente. Millones de personas están luchando con niveles escandalosos de deuda estudiantil. Tal vez por primera vez en la historia moderna, nuestra generación más joven probablemente tendrá un nivel de vida menor que el de sus padres. Es alarmante que millones de estadounidenses pobremente educados tendrán una expectativa de vida menor que la de la generación anterior, a medida que sucumben a la desesperación, las drogas y el alcohol.

«Mientras tanto, en nuestro país la décima parte del 1% más rico ahora posee casi tanta riqueza como el 90% más bajo. Cincuenta y ocho por ciento de todos los nuevos ingresos va a las manos del 1% superior. Wall Street y los multimillonarios, a través de sus «súper PACs», tienen la oportunidad de comprar las elecciones» (Sanders, 2016).

Este es el paradigma que nos intentan vender en una desenfrenada guerra de símbolos; pero necesitan antes vaciar nuestros cerebros de la memoria histórica. Henry Kissinger explica por qué: «El rechazo a la Historia eleva la imagen de un hombre universal que vive ateniéndose a máximas universales, cualesquiera que sean el pasado, la geografía y otras circunstancias inmutables» (Kissinger, 2004: 832).

En tan compleja coyuntura, el Gobierno Revolucionario cubano ha debido ponderar el papel complementario de la propiedad privada sobre algunos medios de producción y reconocer el mercado. No pocos teóricos especializados en el tema Cuba en Estados Unidos aprecian que a mediano plazo ello generará cambios

estructurales en nuestra economía, tendentes al neoliberalismo. De acuerdo con esa lógica, un ser obnubilado por el consumo querrá saltar de las micro y pequeñas empresas privadas a las medianas y grandes.

Esta tendencia aboga por fórmulas que favorezcan al sector privado en nuestro país, con base en la experiencia de la «Ley para respaldar la democracia en Europa Oriental» aprobada por el Congreso de Estados Unidos en 1989. En su discurso a los cubanos en el Gran Teatro de La Habana Alicia Alonso, Obama quiso dar un empujoncito a ese curso: «...Cuba tiene un modelo económico socialista; Estados Unidos es un mercado libre. Cuba ha reforzado el papel y los derechos del Estado; Estados Unidos está fundado sobre los derechos individuales» —apuntó antes de generar un contraste simbólico: «En una economía global potenciada por ideas e información, el valor más importante de un país es su gente. En Estados Unidos tenemos un monumento claro de lo que pueden construir los cubanos: se llama Miami. Aquí en La Habana, vemos ese mismo talento en cuentapropistas, cooperativas y autos viejos que aún funcionan: el cubano inventa del aire» (Obama, 2016).

La «cultura de masas» fabricada en los laboratorios financiados por la élite transnacional cuenta ya con público en Cuba y se observan manifestaciones de idiotez, «...en el sentido original griego y ateniense: no de estupidez, sino de egoísmo infantil e indiferencia deliberada respecto a las preocupaciones y los asuntos públicos» (Street, 2015). Consciente de ello, en el Informe Central al 7mo Congreso del Partido, su primer secretario hizo un llamado esencial: «...debemos afianzar entre nosotros la cultura anticapitalista y antiimperialista, combatiendo con argumentos, convicción y firmeza las pretensiones de establecer patrones de la ideología pequeño burguesa caracterizados por el individualismo, el egoísmo, el afán de lucro, la banalidad y la exacerbación del consumismo» (Raúl Castro, 2016: 8).

En esta batalla Cuba lleva las de ganar, como resultado de la profunda revolución cultural con que se edificó la nación a partir de 1959. Los hechos confirman que el pensamiento transformador revolucionario, con el progreso de la ciencia y la técnica, y la evolución de las ciencias sociales y políticas, generó —al margen de las lógicas imperfecciones terrenales— los hombres y mujeres nuevos que el Che anunció en *El Socialismo y el hombre en Cuba*, capaces de entregarlo todo por su tierra y también de practicar el internacionalismo.

No valen, sin embargo, a esta altura, los discursos triunfalistas. No nos haríamos el menor favor. En una reciente intervención en la Sociedad Cultural José Martí, que tituló: «Notas para comentar en el foro Cultura y nación: el misterio de Cuba», Abel Prieto hizo referencia a estos retos, para los que no existen soluciones simples. En el propio sector cultural «...han surgido tendencias entre artistas y promotores que se cuestionan el papel de las instituciones y consideran que a través de formas no estatales podría lograrse una promoción nacional e internacional más eficiente». No existe basamento político en ese interés, pero pareciera aflorar ya de cierta forma el influjo neoliberal. En su intervención, Abel dejó claro el insustituible papel en la Revolución de esa institucionalidad:

«Desmantelarla equivaldría a liquidar la política cultural y a dejar en manos del mercado el establecimiento de jerarquías y modelos. Esto nos obliga a seguir trabajando para hacer más competentes y creativas a nuestras instituciones y reforzar su vínculo con la vanguardia artística e intelectual. Sin sus instituciones, el ámbito cultural se convertiría en una jungla y la mediocridad ganaría una preponderancia irreversible. Hay aspectos objetivos que no nos favorecen: las instituciones no han contado a veces con los recursos necesarios para promover el talento que crece inagotablemente en este país, y los creadores buscan apoyo en entidades extranjeras, algunas bienintencionadas y otras no tanto. Son problemas que no tienen soluciones fáciles y que deben ser abordados crudamente» (Prieto, 2016).

La verdad sea dicha: ¿a cuántos beneficia la ayuda de las organizaciones no gubernamentales y entidades gubernamentales extranjeras que actúan en nuestros ámbitos culturales?, ¿sostienen el gigantesco movimiento cultural cubano y su inclusivo sistema de enseñanza artística representado en todo el país? Algunas de esas instituciones cooperan con propósitos loables, pero su alcance financiero es limitado y solo irradian sobre un círculo mínimo, en la mayoría de las ocasiones de valores ya establecidos. También es cierto que no pocas forman parte del canal empleado por la USAID y la NED para proveer fondos a los programas de cambio de régimen.

Extendida a cada rincón del país con esencia de pueblo, la cultura cubana constituye uno de los principales baluartes de la Revolución. Su vanguardia está consciente de esa responsabilidad y ha hecho de una frase axiomática de Fernando Ortiz una máxima: «La cultura es la Patria»; trabaja para el presente, pero es capaz de advertir que resulta primordial para el futuro de la nación convocar a través de su obra a la gran masa, en especial a los jóvenes, cimiento de nuestros destinos. Ello requiere de instituciones lúcidas, vigorosas, capaces de fomentar y liderar los esfuerzos. En la hora presente hay que encarar el desafío, multiplicar los espacios de debate y la polémica con sentido crítico, inclusivo, sin retórica; al decir de Armando Hart, «...afrentar la historia haciéndola, y no simplemente escribiéndola» (Hart, 2016: 67).

Los errores cometidos en los procesos docentes y educativos, sin embargo, generan presión. Como plantea el poeta y ensayista Juan Nicolás Padrón, «...los conocimientos se simplificaron, el enfoque de la Historia y de las disciplinas de las ciencias sociales no se actualizó a la luz de las nuevas condiciones, y se produjo un ambiente de deterioro educativo y ético» (Padrón, 2016: 195). Urge reconectar el sistema de enseñanza con nuestro movimiento cultural, vincular el arte con la escuela y los centros universitarios, con particular énfasis en las facultades pedagógicas —en las que se forman los maestros de nuestros hijos y nietos—, y, de consuno, participar en la formación de ese ser integral y humanista que demanda la construcción del socialismo; sensible, culto, capaz, como define Abel, de «...descifrar los códigos de la seducción, de la hipnosis, del show» con que intenta consumirnos la llevada y traída «cultura de masas» (Prieto, 2016), y, también radical y consecuente con la defensa de nuestros valores.

El problema que afrontamos tiene una dimensión política, pero es en esencia un problema cultural. En ese empeño me sumo a quienes llaman a refundar nuestras instituciones, para proveerlas de una visión integradora de los universos culturales, educacionales y científicos del país, lo que impone también encontrar nuevas fórmulas y actores financieros —incluido sostener la subvención estatal orientada como inversión a futuro y la gestión responsable de fuentes quizás no exploradas— que las pongan en condiciones de cumplir su encargo social (cine, libro, danza, teatro, escuelas de arte...) y no queden indefensas ante la avalancha que llega por los diversos canales que están poniendo a funcionar los veinte millones de dólares aprobados por el presidente Obama para subvertir nuestra Revolución.

No alcanzaremos la eficacia requerida en las transformaciones económicas en curso, si no promovemos entre los hombres y mujeres encargados de construir el socialismo próspero y sostenible que nos hemos propuesto un cambio cultural, capaz de desterrar tendencias portadoras de gérmenes autodestructivos como la corrupción y la doble moral, la visión tecnocrática de los problemas sociales, las desviaciones burocráticas y la indolencia, la desidia y la falta de sensibilidad. Los tiempos que corren —y la indetenible revolución en las nuevas tecnologías de las comunicaciones— demandan actualizar la política cultural, para articular en la más estrecha relación con la sociedad los esfuerzos que se generan desde la vanguardia artística e intelectual cubana e insertarla en las prioridades del combate político e ideológico que libra la nación. Y, ahora que a sus 55 años estamos relejando las «Palabras a los intelectuales», no olvidar nunca un concepto medular expresado por Fidel en la Biblioteca Nacional: «El pueblo es la meta principal. En el pueblo hay que pensar primero que en nosotros mismos. Y esa es la única actitud que puede definirse como una actitud verdaderamente revolucionaria» (Fidel Castro, 2016: 19).

[Ir Arriba](#)

La influencia de la cultura norteamericana en Cuba

Jesús Arboleya Cervera

Suele decirse que las revoluciones “arrasan con el pasado”. Sin embargo, todo cambio revolucionario se sustenta en una historia y una cultura que determinan su naturaleza y peculiaridades. En ocasiones, estas

tradiciones sirven de anclaje a la convocatoria popular y aportan al desarrollo de la conciencia colectiva, pero otras veces constituyen un lastre para las transformaciones que se pretende impulsar.

A diferencia de otras culturas latinoamericanas, portadoras de una sólida tradición autóctona, el exterminio o la asimilación de la población indígena determinó que la cultura cubana no se configurase a partir de esta base originaria, sino que devino producto de la “civilización occidental”, entendida como expresión de una cultura que surge de la evolución de los patrones impuestos por los colonialistas europeos en América.

Para dar cuenta de este proceso, el sabio cubano Fernando Ortiz afirmó que “la verdadera historia de Cuba es la historia de sus intrincadísimas transculturaciones” (Ortiz, 1991: 86-87). Lo que quiere decir que la nacionalidad cubana ha sido el resultado de la metabolización constante de lo foráneo y su síntesis en un producto cultural singular. Esto explica que si bien “lo extranjero” ha tenido siempre un atractivo especial para los cubanos, ello no ha impedido el desarrollo de una poderosa identidad nacional, inspiradora de las luchas por la independencia y soberanía que, a pesar de haber sido muy radicales en términos políticos, nunca han estado regidas por sentimientos xenófobos.

Las más relevantes transculturaciones fueron las que se gestaron a partir del aporte de los ancestros españoles y africanos, de por sí culturas muy ricas en su diversidad, pero otras muchas han incorporado sus ingredientes al “ajiaco cultural cubano” y entre las más sobresalientes se encuentra la cultura norteamericana, cuyas influencias emergen constantemente cuando tratamos de explicarnos ciertas conductas de los cubanos.

Siendo también un producto de la transculturación occidental, Estados Unidos ha vivido un proceso bastante similar en la formación de su propia cultura nacional, aunque desde una perspectiva anglosajona mucho más excluyente y discriminatoria, que ha impedido la consolidación de una expresión monolítica, en la que todos sus componentes, extraordinariamente diversos como resultado de la inmigración más numerosa de la historia, se sientan igualmente representados.

La cercanía geográfica, la complementación de sus economías y la hibridad de sus culturas han facilitado el contacto entre cubanos y norteamericanos desde el origen de ambas naciones, a pesar de las diferencias en cuanto al idioma, la religión, las tradiciones, así como el conflicto generado por las pretensiones hegemónicas norteamericanas respecto a Cuba a lo largo de esta historia.

En el proceso independentista estadounidense y su posterior desarrollo durante las primeras décadas del siglo XIX van a expresarse las ideas más progresistas de su época. Se trató de la primera revolución independentista de América, la que adoptó como propios los avances de la Revolución Industrial Inglesa en lo económico y se vio influida por las ideas que más tarde germinaron en la Revolución Francesa en lo político y lo cultural.

Estos valores encontraron terreno fértil en la sociedad criolla cubana y fueron asimiladas como una forma de resistencia y lucha frente al colonialismo español. Más importante aún, devino modelo de progreso y paradigma de la sociedad que se aspiraba alcanzar. No es de extrañar entonces que incluso entre los sectores más radicales del movimiento independentista cubano, la idea de la anexión a ese país apareciera como una alternativa deseable en los primeros momentos del proceso.

Tal concepto de la anexión era distinto a la propuesta que más adelante aparecerá como alternativa contrarrevolucionaria, ya que partía de la premisa de la unión voluntaria entre iguales, una vez consumada la liberación mediante el esfuerzo propio. Más que “anexión”, con las implicaciones antinacionalistas que tendría más tarde, se trataba de integrarse a la naciente república norteamericana tal y como lo habían hecho las antiguas colonias inglesas y así enfrentar las amenazas comunes que entrañaba la codicia de los imperios colonialistas europeos.

La ingenuidad de esta pretensión quedó rápidamente demostrada como resultado de la actitud que asumió el gobierno de Estados Unidos frente al proceso independista cubano desde sus inicios y fue rápidamente desechada por los revolucionarios. No obstante, el patrón republicano estadounidense y, en buena medida, su ideal de sociedad, continuaron influyendo significativamente en la conciencia nacional, antes y después de alcanzada la independencia.

Solo José Martí se distanció claramente de esta concepción: “¡Ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma!”, dijo entonces (Martí, 1975: tomo VIII, p. 244). Pero el avance de su prédica tendrá que recorrer un largo camino en la historia cubana y ni siquiera hoy puede asegurarse que ha sido asumida en toda su profundidad.

Según ha explicado el historiador cubanoamericano Louis A. Pérez, desde la época colonial “el progreso llegó a Cuba en forma de cosas norteamericanas (...) y las ideas asociadas al progreso, la ciencia y la tecnología, como paradigmas de modernidad y civilización, tenían un poderoso atractivo para quienes buscaban transformar el orden tradicional, (por lo que) los cubanos estuvieron entre los primeros pueblos, fuera de Estados Unidos, en caer bajo la influencia de la cultura material norteamericana (Pérez, 2006: 83-89). También resultó un patrón cultural “alternativo”, ya que partía de la falsa pretensión de rechazar tanto a la cultura española, por retrógrada, como la africana, degradada y anatemizada como resultado de la esclavitud y el racismo.

Tal influencia se consolidó cuando Cuba accedió a la independencia en 1902, después de cuatro años de ocupación militar norteamericana, para convertirse en laboratorio social del sistema neocolonial que implantó Estados Unidos por primera vez en la nueva República.

La combinación de sometimiento económico y político con la independencia formal, que caracteriza al neocolonialismo, obligó a Estados Unidos a integrar orgánicamente a la burguesía nativa al sistema de dominación, con la función específica de garantizar el orden institucional del país, lo que incapacitó a esta clase para desempeñar el papel nacionalista que desempeñaron sus sectores más avanzados durante el colonialismo, transformándose en testaferro del poder foráneo dentro de la nación, lo que también tendrá un impacto decisivo en la cultura nacional.

El capital proveniente de Estados Unidos llegó a controlar los renglones fundamentales de la economía cubana y la presencia militar de ese país devino un hecho común en Cuba. Una de las consecuencias de esta subordinación era que el apoyo de Estados Unidos determinaba las carreras de los políticos cubanos, consolidando la naturaleza antinacionalista de estos grupos y la corrupción crónica de la vida política del país,

cuyas raíces se extendían al colonialismo. En última instancia, la corrupción no constituía una aberración del modelo, sino una necesidad para la subvención y subordinación de la burguesía testafarro, entronizando una práctica cuyas consecuencias éticas se extendió a otros sectores de la nación.

Tal régimen requería también de la promoción de una “ideología de la dependencia” que articulara la hegemonía a partir del reconocimiento de una supuesta superioridad norteamericana, la cual se expresaba no solo en términos económicos, políticos y militares, sino también culturales, achacándole, incluso, virtudes relacionadas con la propia condición humana. Aunque en buena medida fue consecuencia natural de la asimetría de poderes que conlleva la dominación política, también fue el resultado de un esfuerzo consciente y organizado del gobierno de Estados Unidos desde los primeros momentos.

Durante el gobierno de ocupación ya se apreciaron medidas encaminadas a “promover el respeto y admiración hacia las instituciones norteamericanas”, así como a “implantar en Cuba el sistema de enseñanza pública de los Estados Unidos”, para lo cual se crearon más de 3 000 escuelas cuyos programas se regían por contenidos y libros de texto estadounidenses que estaban orientados a facilitar la “asimilación” de los cubanos, tal y como se había intentado hacer con los inmigrantes en diversas partes de Estados Unidos. Con este objetivo se importaron cientos de pedagogos norteamericanos y más de 1 300 maestros cubanos fueron enviados a formarse en universidades norteamericanas (Vega, 2004: 160-168).

Aunque se hizo en función de mejorar la fuerza de trabajo que requerían las inversiones y extender el patrón cultural estadounidense con fines hegemónicos a toda la población, también significó un saldo cualitativo inmenso en relación con el sistema educacional existente durante el período colonial, con lo que en la práctica sirvió para demostrar una vez más las virtudes que implicaba “copiar a los yanquis”.

Esta combinación entre lo útil y lo nefasto caracterizará la penetración cultural norteamericana en Cuba, por lo que vale la pena distinguir dos elementos de la ideología de la dependencia frente a cuyas manifestaciones tendrá que abrirse paso el movimiento nacionalista cubano y la contracultura que lo acompaña: el “plattismo” en lo político y el “consumismo” en lo social.

La llamada “Enmienda Platt” fue un acuerdo del Congreso estadounidense impuesto como cláusula a la Constitución cubana de 1901, en la cual se establecía, como condición para conceder la independencia, el derecho de intervención de Estados Unidos en los asuntos internos del país y sus relaciones internacionales. Aunque rechazada por los sectores patrióticos, a la larga fue aceptada por los constituyentes cubanos al considerarla “un mal menor” que el mantenimiento del status quo vigente.

Para muchos historiadores, la Enmienda Platt constituyó una demostración innecesaria de dominación por parte de Estados Unidos, toda vez que su control del país no requería de una subordinación jurídica tan evidente, la cual afectaba la naturaleza misma del modelo. Sin embargo, hay que tener en cuenta que entonces el mundo estaba regido por los imperios europeos, donde la condición de colonia era reconocida como “propiedad territorial” por el orden internacional, mientras los estados independientes estaban más expuestos a la competencia de las grandes potencias. En esta situación, Estados Unidos se vio impelido a “marcar su territorio”, como una garantía exigida por sus propios inversionistas.

En realidad, lo ideal para Estados Unidos era evitar el intervencionismo militar en el plano doméstico cubano y argumentar que la Enmienda Platt solo constituía un “compromiso” con la defensa del país que “ellos habían liberado”. Sin embargo, la oligarquía nativa cubana, una amalgama de intereses plagada de luchas intestinas, donde se mezclaban antiguos capitales españoles, criollos integristas y los nuevos ricos surgidos de las propias filas independentistas, enfrentados, por demás, a la voracidad de los monopolios norteamericanos, resultó incapaz de cumplir con la función de control político de la sociedad y la constante intervención militar norteamericana devino una necesidad para la estabilidad del régimen en las dos primeras décadas de la República. Hasta Theodore Roosevelt, tan propenso al uso del “garrote”, llegó a quejarse que los “revoltosos” políticos cubanos lo obligaban a actuar con una injerencia tan descarnada que afectaba los intereses estratégicos del imperio y la esencia del sistema hegemónico que pretendía extenderse a toda la región.

Mientras existió hasta 1934 como cláusula de la Constitución Cubana, el plattismo devino expresión descarnada de los límites impuestos a la soberanía de la nación. De cierta forma, una fórmula de dominación neocolonial imperfecta que hizo crisis con la revolución de 1930.

Frente a este proceso, la “mediación” norteamericana posibilitó el triunfo de la contrarrevolución mediante la utilización de las fuerzas armadas, las cuales, a partir de ese momento, pasaron a cumplir la función testafarro que la oligarquía nativa, como clase, no había sido capaz de desempeñar. Pero también exacerbó los sentimientos antimperialistas y el pensamiento martiano que, ignorado o adulterado en las primeras décadas de la República, emergió como referente de las luchas populares, fijando las fronteras de los bandos en pugna a partir de ese momento.

La política del “Buen Vecino”, promovida por el gobierno de Franklyn Delano Roosevelt en América, en buena medida expresión del deterioro de la hegemonía norteamericana como resultado de la crisis económica de 1930, trató de enmendar el entuerto y perfeccionar el sistema neocolonial cubano mediante la promoción de un proceso de apertura democrática controlado por el poder militar, lo que se vio favorecido por la coyuntura internacional que condujo a la Segunda Guerra Mundial.

La adopción de la Constitución de 1940, una de las más progresistas e incluyentes de la época, fue el principal resultado de este empeño, aunque muchas de sus leyes apenas encontraron aplicación práctica en la vida nacional. La década que sigue estará caracterizada por la sucesión de gobiernos electos por el voto popular, por lo que, a pesar de las trampas y distorsiones que siempre acompañaban estos procesos, pudiera afirmarse que la “democracia representativa” funcionó en Cuba durante este período.

El primer presidente electo a partir de ese momento fue Fulgencio Batista, precisamente el sargento convertido en general, que encabezó la sangrienta ofensiva contrarrevolucionaria de los años treinta y, más tarde, encabezando una coalición muy amplia que incluía a los comunistas, devino el artífice de la apertura democrática que se suponía funcional al mantenimiento del modelo hegemónico norteamericano.

Siguiendo esta lógica, Batista entregó el poder en 1944, cuando su candidato perdió las elecciones frente a los oponentes del Partido Auténtico. Supuestamente herederos de los ideales de la revolución de 1930, los auténticos encarnaron un movimiento popular no ajeno a las corrientes antimperialistas que habían tenido

expresión en esas luchas -lo que explica algunas de sus posiciones en política internacional-, pero terminaron encabezando dos períodos de gobierno caracterizados por la corrupción, el bandolerismo y la implantación de una versión tropical del macartismo en Cuba, que contribuyó a extender el anticomunismo en algunos sectores populares.

De nuevo, la oligarquía nativa demostró su incapacidad para controlar el país y articular la hegemonía que exigía el sistema neocolonial, por lo que la “apertura democrática” terminó vergonzosamente con un golpe de Estado militar, consumado de nuevo por Fulgencio Batista en 1952, a partir del cual se estableció una de las dictaduras más cruentas de la historia latinoamericana. Estados Unidos, a tono con su política exterior de la Guerra Fría, apoyó esta dictadura hasta su derrumbe, como resultado de la victoria de la revolución en 1959, lo que incrementó el sentimiento antimperialista en la nación.

La naturaleza antineocolonialista de la Revolución Cubana se definió entonces a partir del enfrentamiento frontal con la subordinación política a Estados Unidos, así como contra la oligarquía nativa y las fuerzas armadas que le servían de sustento. En función de esta meta se movilizó la inmensa mayoría de la población, dando forma a un movimiento popular tan masivo, que la política norteamericana se vio precisada a establecer las bases sociales de la contrarrevolución en el exterior, donde el plattismo asumirá sus posiciones más extremas, hasta el punto que justificar la intervención militar norteamericana devino el objetivo final de estos grupos.

Sin embargo, si bien en el plano político la ideología de la dependencia resultó finalmente identificada y su rechazo se consolidó como parte de la conciencia nacional, no ocurrió igual con otros elementos que vivían larvados en la cultura cubana, entre otras cosas, porque se trata de fenómenos distintos. Tal y como plantea el propio Pérez: “El éxito de la hegemonía de Estados Unidos en Cuba no fue solo una función del control político y la dominación militar, sino una condición cultural en la que el significado y el propósito derivaban de los sistemas normativos norteamericanos” (Pérez, 2006: 8).

Resulta así que a la vez que la mayoría del pueblo cubano despreciaba al embajador norteamericano en sus funciones de procónsul o al marino que orinaba en el monumento a José Martí después de una juerga con prostitutas en La Habana, adoraba la televisión, los automóviles y cuanto artilugio se producía en ese país.

Primero que en otras partes, el *American Way of Life* devino patrón de bienestar y progreso en Cuba. “Los bienes materiales se codificaban con significados complejos; la adquisición se asociaba al estatus, y el acto de consumo podía ser una forma de obtener gratificación y realización. El consumo ofrecía acceso a la modernidad, un camino hacia el progreso y un nivel de vida asociado con la civilización, como una condición material. Los bienes de consumo vinculaban a los cubanos directamente con la cultura de mercado de un mundo más amplio y, en este proceso, se convirtieron en un duplicado del Norte” (Pérez, 2006: 481).

En estas condiciones, hablar inglés y asumir los valores norteamericanos devino requisito para el acceso a los mejores empleos, expandiendo su influencia al habla y los gustos populares. Profesionales estadounidenses o cubanos formados en ese país pasaron a ocupar puestos clave en los grandes consorcios norteamericanos

establecidos en Cuba, pero incluso la capacidad de ser bilingüe se convirtió en un atributo muchas veces decisivo para trabajar como oficinista o en hoteles, clubes y restaurantes.

El comercio fue inundado con productos norteamericanos y muchos establecimientos adoptaron nombres en inglés para reflejar el origen de sus propietarios o atraer a sus clientes. Las firmas y los métodos publicitarios estadounidenses transformaron la cultura del consumo y los patrones de vida de los cubanos. A ello contribuyó el temprano y vertiginoso desarrollo del cine, la radio y la televisión, portadores de productos y valores de esa sociedad, que se difundían mediante equipos de marcas norteamericanas. El ventilador, el refrigerador, las cocinas, y otros muchos productos domésticos, a la vez que mejoraron la calidad de vida de muchos cubanos, reforzaron la visión edulcorada sobre las bondades del sistema estadounidense en ciertos sectores.

El beisbol, introducido en Cuba durante el siglo XIX como resultado de la inmigración norteamericana o el regreso de estudiantes formados en ese país, en buena medida expresión de una contracultura que rechazaba las corridas de toros y otras formas de la cultura dominante española, devino deporte nacional y se conectó con las ligas profesionales estadounidenses, dando forma a un mercado donde se intercambiaban los atletas y las normas norteamericanas fueron asimiladas por los cubanos que lo practicaban en masa y disfrutaban con pasión de estos eventos. Algo similar ocurrió con el boxeo, hasta llegar a convertir a Cuba en una de las plazas más importantes a escala mundial de este deporte, con el consiguiente éxito de atletas cubanos que fueron aclamados como héroes nacionales.

La música de ambos países, conectada en ciertas expresiones por un tronco y transculturaciones comunes, se desarrolló a partir del intercambio de sonoridades y estéticas que enriquecieron esta manifestación artística y las ubicaron entre las más populares del mundo.

No deja de resultar paradójico que mientras se exportaban a Estados Unidos las tejas de las casas coloniales cubanas que eran demolidas y Miami quería parecerse a La Habana, la arquitectura norteamericana, que ya tenía cierta influencia desde el siglo XIX entre los sectores más pudientes de la población, comenzó a predominar en las construcciones del país. Barrios de la burguesía y la clase media cubana surgieron a partir de la fisonomía que imponían estas construcciones, muchas de ellas ejecutadas por empresas constructoras estadounidenses. Tampoco es casual que el Capitolio, sede del poder legislativo, constituya una réplica casi exacta de su similar norteamericano.

Por otra parte, millones de norteamericanos visitaban el país en calidad de turistas, configurando una industria destinada a servir los gustos de los visitantes. Desde el siglo XIX, Cuba devino un destino apetecido para el turismo estadounidense y tal interés se incrementó durante la ocupación y los primeros años de la República, pero su auge tendrá lugar a partir de la década de los años veinte, como resultado de las restricciones moralistas que impuso la “ley seca” en la vida cotidiana de los estadounidenses.

Según Pérez: “La noción de que Cuba existía, específicamente, para el placer de los norteamericanos, se afincó desde un principio, se prolongó en el tiempo y era el eje del significado que se asociaba con ser un turista estadounidense en Cuba” (Pérez, 2006: 256). Las consecuencias sociales y culturales que ello implicó

para la sociedad cubana fueron mayormente funestas. Se diseminó la prostitución, el consumo de alcohol y el tráfico de drogas a niveles extraordinarios, hasta el punto que sobre estas bases se desarrolló buena parte de la industria del entretenimiento que hizo famosa a Cuba. Los grandes cabarets, casinos de juego, incluso los más modernos hoteles, surgieron vinculados a un mercado que funcionaba bajo el control de la mafia norteamericana, la cual llegó a vincularse orgánicamente con el poder gubernamental cubano.

A ello se sumó una nutrida inmigración procedente de Estados Unidos que, asociada al capital estadounidense, se aposentó en la Isla en calidad de inversionistas, comerciantes, campesinos, profesionales, incluso obreros calificados, llegando a establecer comunidades propias, diferenciadas del resto del país. Aunque la segregación y el racismo que las caracterizaban limitaron su integración con el resto de la sociedad cubana y esta afluencia tendió a disminuir a lo largo del siglo XX; colegios, redes eclesíásticas, clubes privados y asociaciones norteamericanas o “cubano-americanas”, donde se mezclaban con la oligarquía nativa, se expandieron por todo el territorio nacional, convirtiéndose en referentes de riqueza y poder.

Tales expectativas de consumo generaban también el rechazo y la rebeldía de los que se veían marginados de estas ventajas, sobre todo en un entorno tan desigual como el existente en Cuba, donde las diferencias entre la ciudad y el campo eran apabullantes. Un recurso para atenuarlas fue la religión. Comprometida históricamente con el poder colonial, la Iglesia católica cumplirá idéntica función ideológica en el neocolonialismo. Sin embargo, concentrada en los centros urbanos y vinculada básicamente con los sectores más privilegiados del país, esta Iglesia tenía poca influencia real en la población más humilde, especialmente la que habitaba en el campo. En buena medida los cultos sincréticos ocuparon este espacio, pero además las religiones protestantes se extendieron rápidamente por el país gracias al apoyo que recibieron del gobierno norteamericano, durante y después de la ocupación militar.

Con el propósito de “mejorar” a los cubanos mediante la modificación de los valores y actitudes que regían su vida cotidiana, miles de misioneros norteamericanos se asentaron en Cuba y para mediados del siglo XX los ministros protestantes superaban en cantidad a los sacerdotes y las iglesias católicas (Pérez, 2006: 352). La emergencia de ministros de origen cubano, así como las contradicciones resultantes de su mensaje bíblico con las formas de vida que imponía el sistema, transformaron en parte la naturaleza antinacionalista que tuvo esta religión en sus inicios, pero aun así continuó siendo un poderoso mecanismo de difusión de la cultura norteamericana en Cuba.

También la emigración de cubanos hacia Estados Unidos ha sido un canal para la constante influencia cultural norteamericana. Siendo una de las más nutridas de América Latina desde comienzos del siglo XIX, ese país fue el destino natural de un segmento de trabajadores particularmente preparados para enfrentar el reto migratorio, de exiliados como resultado de las luchas políticas cubanas y, sobre todo, de la oligarquía y la clase media cubana, que allí se formaban como profesionales u hombres de negocio.

En la década de los años cincuenta, “viajar al Norte” devino una moda en Cuba y miles de turistas visitaban ese país para disfrutar la novedad del aire acondicionado en los hoteles o aprovechar el bajo costo de las mercancías en relación con el mercado cubano. De hecho, esta posibilidad devino un negocio para muchos,

por lo que desde esa época es posible apreciar la existencia de un mercado informal de mercancías entre Estados Unidos y Cuba, que se reproduce en la actualidad a través de los famosos “maleteros”.

Obviamente, esta influencia de la emigración en la cultura cubana se consolida y adquiere perfiles ideológicos específicos, como resultado del papel que pasa a desempeñar en la política de Estados Unidos contra la Revolución Cubana. Definida a partir de una composición clasista representativa de los sectores más privilegiados de la sociedad neocolonial cubana, en los primeros momentos, la emigración aparece como una opción contrarrevolucionaria, determinando un enfrentamiento político tan abarcador, que ello condujo a un rompimiento casi absoluto con la sociedad cubana.

Sin embargo, en la medida en que se restablecieron los contactos y cambió la composición social de los nuevos emigrados, también se modificó la percepción de la sociedad cubana hacia los mismos, entre otras cosas, porque a partir de la crisis de los años noventa en Cuba, muchas de estas personas emigran con el propósito de ayudar a sus familias y el vínculo con ellas continúa siendo muy estrecho.

Aunque en buena medida despojada de la función política que le dio origen, la emigración continúa siendo un problema ideológico para Cuba, toda vez que no deja de ser una solución individualista frente al proyecto colectivo del socialismo. Las posibilidades de consumo aparecen además como la motivación fundamental de los que emigran y su contacto con la sociedad cubana está regido por actitudes consumistas que tienden a reproducir esta conducta en el país.

A ello se suma que la cultura cubanoamericana, resultado de la integración de los inmigrantes cubanos a la sociedad norteamericana, se caracteriza precisamente por su idolatría del mercado y tal influencia penetra de muchas maneras en la cultura popular cubana. Tal realidad plantea una dinámica muy compleja para el contacto de la sociedad cubana con la emigración, por demás no solo inevitable, sino también estratégicamente favorable para Cuba, a pesar de los inconvenientes mencionados.

Aunque la ideología de la dependencia aparece como un todo encaminado a articular la hegemonía extranjera, en el proceso de liberación es necesario saber discriminar lo que realmente requiere ser erradicado y lo que constituyen aportes legítimos de la cultura norteamericana al desarrollo del país, hasta integrarse en el concepto de “lo nacional” para enriquecerlo. Evidentemente no fue una buena política haber prohibido en determinado momento la difusión de la música norteamericana en Cuba y vincular cualquier manifestación de esa cultura con la “penetración ideológica del imperialismo yanqui”, pero tampoco lo es aceptarla de manera acrítica, sin tener en cuenta los valores formales, políticos y éticos que le sirven de contenido.

Muchas han sido las contribuciones de la cultura norteamericana a la cubana, en particular, ilustrar al pueblo cubano en cuanto a los avances de la ciencia y la técnica, facilitando la capacidad para asimilar estos adelantos, lo que se potencia como resultado de los avances educacionales alcanzados durante el proceso revolucionario. Sin embargo, “dentro del paquete” también hemos estado expuestos a la influencia consumista que le sirve de base a esta cultura, lo cual constituye uno de los elementos más nocivos de la reproducción irracional del capitalismo y factor ideológico clave para la articulación del modelo hegemónico norteamericano a escala internacional.

El desarrollo del consumo está asociado a la satisfacción de las necesidades crecientes de la humanidad. El dilema que se plantea es diferenciar las legítimas de las superfluas, hasta el punto de ser contraproducentes para el desarrollo, debido a sus consecuencias dilapidarías de los recursos naturales, la reproducción de inequidades insostenibles desde el punto de vista humano y la promoción de actitudes sociales que alientan la banalidad y el egoísmo. No por gusto los divinos mandamientos establecen la avaricia entre los pecados capitales.

En la actualidad el mercado capitalista está diseñado para “fabricar” necesidades ficticias con tal de maximizar las ganancias. Hacia este propósito se orientan las técnicas de mercadeo, la producción con obsolescencia programada y el culto a la banalidad en el consumo. Incluso necesidades reales y productos culturales legítimos adulteran su esencia como resultado de la mercantilización. El consumismo no es el resultado de la saturación de la oferta como consecuencia de la satisfacción de la demanda básica, ni siquiera un requisito esencial de la reproducción del capital y el potencial tecnológico, sino una forma de vida, donde la capacidad de consumo desmedido define la rentabilidad de las empresas y el lugar de las personas en la sociedad.

Es también un recurso hegemónico, en la medida en que la sociedad aparece dividida en “perdedores y ganadores”, según sea su acceso al mercado. La cultura de la llamada “clase media” no solo se relaciona con el real poder adquisitivo, sino con una conducta que servirá de patrón de éxito y bienestar para toda la población. Cuando la ropa exhibe sus marcas, no es para enfatizar una calidad inalcanzable para otros productos, sino para mostrar un estatus social determinado por el gusto y el acceso económico a este tipo de mercancías. Muchas veces, hasta los ricos se disfrazan de clase media porque resulta *chic*.

El individualismo define la ideología capitalista y el consumismo es su patrón de medida. Una de las grandes fortalezas del capitalismo, que lo diferencia de cualquier otro modelo social en la historia, es el mito de que todo individuo está en capacidad de triunfar por sí solo si se aplica en el empeño, no importa cuáles sean las circunstancias. Para algunos, esto será una motivación para superarse, trabajar mejor y comportarse adecuadamente. Pero la ética del capitalismo, con todo el peso que realmente ha tenido la religión y el respeto a las leyes en la prédica de sus postulados, no excluye valerse de cualquier medio con tal de alcanzar el éxito personal. Tampoco este objetivo se subordina al bien común, lo que explica la crisis de valores que se extiende por todo el planeta. Al margen de otras consideraciones, el núcleo duro de la lucha ideológica y cultural contra el capitalismo se centra en la crítica al consumismo, toda vez que aquí se expresan las aberraciones fundamentales del sistema.

Más que un modelo rígido de organización social, como a veces ha sido interpretado, el socialismo constituye un proceso que no tiene otra alternativa que partir de las bases capitalistas que pretende transformar. Por eso, a pesar de contraponerse con los ideales y las metas del socialismo, el consumismo encuentra caldo de cultivo favorable en las tradiciones cubanas y reafirma su influencia en el país a través de todas las vías imaginables: los medios de comunicación masiva, la tecnología, las modas, el contacto con otros pueblos. Esto explica la contradicción de que a pesar de haber demostrado una inmensa capacidad para resistir todo tipo de penurias con tal de mantener el proyecto socialista, la austeridad no se ha implantado en la conciencia de la mayoría de

los cubanos, sino que es concebida más como un sacrificio que una virtud, apareciendo grandes apetitos consumistas en cuanto surge la oportunidad de hacerlo.

Discernir cómo esto repercute en la política no es nada sencillo y mucho menos enfrentar la solución de este problema, toda vez que también el concepto de “austeridad” debe ser adecuadamente ponderado. No se trata de reducir el consumo a niveles elementales – como han intentado sin éxito algunas religiones fundamentalistas, ciertas comunidades o determinados países socialistas en diversos momentos –, desconociendo que el avance de la sociedad no se sustenta en la racionalidad de lo indispensable, sino que implica transformaciones culturales que incluyen la modificación de gustos, el rechazo a la rutina, el atractivo de lo novedoso y la capacidad para relacionarse con otras culturas. Tampoco puede conducir a desconocer los avances tecnológicos y su aporte a la calidad de vida de las personas.

Mediante políticas estatales es posible establecer cierto balance en el consumo y limitar sus excesos: leyes para la protección de la naturaleza y el medio ambiente; gravámenes a los artículos suntuosos, el control de la publicidad a partir de exigencias éticas y procedimientos que hagan realmente efectivo el derecho de los consumidores, pueden contribuir a este propósito. Pero sobre todo se requiere la construcción de una cultura, dado que la intención de consumir, con uno u otro criterio, corresponde a los individuos y no existen formas para regular efectivamente sus efectos de manera impositiva.

En verdad, el consumismo, ya sea como resultado de la lógica del sistema o como consecuencia de políticas aplicadas por las grandes empresas con el respaldo de los estados, ha trastocado el propio mercado capitalista hasta hacerlo inviable si no transforma el patrón consumista, lo que plantea una disyuntiva vital para la propia preservación de la especie humana, como ha alertado Fidel Castro.

En la medida en que esta conciencia se extienda por el mundo, convirtiéndose en la contracultura del consumismo, no existen razones para suponer que el pueblo cubano no esté en condiciones de comprender el dilema y adecuar su conducta a tales exigencias. Sin embargo, no se trata de algo que pueda dejarse a la espontaneidad del proceso, sino que se requiere de un esfuerzo educacional que parta de esta realidad objetiva y coloque al socialismo como una alternativa legítima frente a los entuertos que provoca el neoliberalismo.

No basta adoptar una posición antimperialista en términos políticos para erradicar en la conciencia de las mayorías los sedimentos ideológicos que sirvieron de sustento al sistema neocolonial cubano, máxime cuando tales presupuestos han devenido paradigma de la cultura universal, como resultado de la hegemonía alcanzada por Estados Unidos en esta esfera.

Aislarse de la influencia de la cultura norteamericana es imposible en el mundo contemporáneo, toda vez que penetra de muchas maneras en el tejido social de todos los países y existen políticas muy abarcadoras encaminadas a promoverlas, configurando el escenario internacional en este sentido. No descubro nada, hace ciento sesenta años Marx y Engels dijeron que “las ideas de las clases dominantes son las ideas dominantes en cada época” (Marx y Engels, 1846) y Gramsci lo definió como un terreno fundamental de las luchas contrahegemónicas. Mucho más en la actualidad, cuando esta influencia se globaliza por generación espontánea, como consecuencia del desarrollo de las tecnologías de la comunicación y la información.

A favor de Cuba está el hecho que la cultura norteamericana no se presenta con el atractivo de lo exótico, como puede ocurrir en otros países, sino como una realidad con lo que el pueblo cubano ha tenido que convivir a la largo de su historia y donde la “promoción de los valores estadounidenses”, como recurso de la dominación, ya ha pasado por el filtro de la confrontación, sin impedir que en el país triunfara la primera revolución antineocolonialista del Tercer Mundo.

Por otro lado, la propia globalización de las comunicaciones y la información también saca a flote las contradicciones de la “cultura norteamericana”, en tanto expresión de los conflictos sociales y étnicos que se incuban en ese país, contribuyendo a su desmitificación, lo que abre espacios para discernir lo positivo de lo negativo de sus expresiones. Un pueblo culto es aquel que sabe identificar sus verdaderas necesidades materiales y espirituales, así como apropiarse con inteligencia de los productos que se le ofrecen.

La moraleja es que adentrarse en la comprensión de esta realidad puede resultar el mejor antídoto frente a la aceptación acrítica del *American Way of Life* por parte del pueblo cubano y su mejor preparación para la compleja situación que implica el restablecimiento de relaciones con Estados Unidos. Como esto no es posible desde el aislamiento, se impone hacer todo lo contrario, o sea, ampliar el acceso a información y el intercambio con la sociedad norteamericana, así como potenciar su análisis, mediante la investigación y el debate de lo que allí acontece.

En esto consiste la actual “batalla de ideas”, que no es igual que en el pasado aunque refleje su continuidad, sobre todo, porque es distinto el entorno económico y político en que tiene que desarrollarse. Ya en Cuba no impera la efervescencia que acompaña la victoria de los procesos revolucionarios, tampoco se vive en un mundo de auge revolucionario que movilizó a las masas y el compromiso individual a favor de estas causas, incluso la viabilidad del socialismo, como modelo económico y social, está puesto en dudas debido al fracaso del “socialismo real” en la antigua Unión Soviética y el resto del campo socialista europeo, lo que ha generado apatía en ciertos sectores o diferencias doctrinarias dentro de las propias filas revolucionarias.

Se vive un período de incertidumbres, que se expresa en los problemas de gobernabilidad que aparecen en todas partes, sin importar el signo político de los gobiernos, y aunque ello esto no acontece en Cuba con la misma intensidad, el pueblo cubano no está exento de estas influencias.

También ha cambiado el sujeto político. Ya no se trata de un pueblo ignorante y desprotegido, cuyas metas se resumían en el acceso al trabajo, la educación, la salud pública y la asistencia social, sino en continuar progresando asumiendo estos logros como derechos conquistados que se aspiran a conservar, pero insuficientes para las aspiraciones de muchas personas en la actualidad. En estas condiciones, las metas políticas se tornan menos épicas, así como más sofisticadas y difíciles de consensar, lo que determina que no existan respuestas simplistas para estas inquietudes y mucho menos que resulten funcionales los viejos dogmas y las consignas gastadas.

No es de extrañar que, sobre todo los jóvenes, con expectativas de vida avaladas por el propio desarrollo humano generado por la Revolución, relacionen sus motivaciones existenciales más con la superación individual que con proyectos colectivos que, aun siendo percibidos como justos, no satisfacen todas sus

aspiraciones. Esta aparente contradicción entre lo individual y lo colectivo, resuelta en buena medida por la Revolución en sus inicios, aparece hoy día como una “crisis del desarrollo humano alcanzado” y se expresa en la realidad de que Cuba produce un capital humano que el mercado laboral nacional no puede absorber a plenitud, lo que explica el incremento de la emigración y las distorsiones del mercado laboral interno.

Tales contradicciones solo tienen una solución definitiva en el desarrollo económico, por lo que el propósito de consolidar un socialismo “próspero y sustentable” resulta indispensable para articular el consenso político y ello debe realizarse en las difíciles que condiciones que impone la inserción del país al mercado mundial capitalista -toda vez que no existe otra alternativa-, donde las relaciones con Estados Unidos resultan una necesidad, al margen de sus efectos indeseados.

No es ocioso volver a Marx y Engels: “Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes” (Marx y Engels: 1846), lo que se traduce en que en el socialismo “las relaciones materiales dominantes” deben corresponderse con los objetivos del sistema. No basta entonces el desarrollo de cualquier economía, está más que demostrado que el crecimiento económico, por sí solo, no genera el bienestar general y mucho menos la estabilidad social y política de los países, sino que hace falta dotarlo de un sentido colectivo que oriente sus avances hacia el bien común y así enfrentar la irracionalidad del consumismo. Ello es función de la política y el trabajo ideológico, pero también de la propia lógica económica.

En resumen, la influencia de la cultura norteamericana forma parte del escenario inevitable de las luchas políticas cubanas y se gana o se pierde en este contexto. Cuba cuenta a su favor con la experiencia acumulada a lo largo de la historia; una identidad nacional sólida, donde la independencia y la soberanía constituyen elementos muy poderosos de la conciencia de la población; incluso con algo que solo pueden explicar los psicólogos: el orgullo generalizado de ser cubano. También cuenta con un sistema de la distribución de la riqueza nacional que se traduce en beneficios universales concretos, los cuales sustentan el consenso social e imponen sus reglas a la evolución de cara al futuro.

La cultura cubana es el mecanismo para potenciar estos valores. Hay que proteger expresiones y los símbolos de nuestras tradiciones, pero también insertarla en la conducción de la economía nacional, hasta dotarla de su propia identidad, lo que se traduce en “reinventar” el socialismo cubano para adecuarlo a las nuevas realidades. Ello supone un esfuerzo intelectual extraordinario y la búsqueda de nuevos consensos, donde, mediante el convencimiento y la cultura, lo colectivo sea el fruto de la voluntad individual y no su contrario.

En la posibilidad singular de articular la democracia popular de manera consciente hacia estos objetivos, con pleno sentido de una libertad personal asociada al respeto y el cuidado de los demás, radica, desde mi punto de vista, la diferencia fundamental entre el socialismo y el capitalismo en las actuales circunstancias y en ello estriba la principal fortaleza de Cuba para discernir entre lo bueno y lo malo de la influencia de la cultura norteamericana en el país.

BIBLIOGRAFÍA

- Guevara, Ernesto: “El socialismo y el hombre en Cuba”, en *Che Guevara presente. Una antología mínima*, Ocean Press, Melbourne, 2005.
- Guevara, Ernesto: *Apuntes críticos a la economía política*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.
- Gunder Frank, Andre: *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970.
- Martí, José: *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- Marx, Carlos y Federico Engels: *La Ideología Alemana*, capítulo I, 1846. Tomado de Archivo Marx y Engels, www.marxistas.org
- Ortiz, Fernando: *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991.
- Pérez, Louis A. Jr.: *Ser cubano: identidad, nacionalidad y cultura*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.
- Vega Suñol, José: *Norteamericanos en Cuba. Estudio Etnohistórico*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2004.

[Ir Arriba](#)

Un maestro cubano a Harvard

Francisca López Civeira

Publicado por guerrasimbolica on 8 julio, 2016

Durante la ocupación militar de Cuba por Estados Unidos (1899.1902), se diseñaron diferentes acciones hacia la Isla, entre las cuales ocupó un lugar importante el campo de la educación. Como parte de este aspecto, en 1900 se planificó un viaje de un grupo de maestros y maestras cubanos a la Universidad de Harvard donde recibirían un Curso de Verano. El grupo estuvo integrado por docentes procedentes de todas las provincias del país hasta el número de 1 273, de los cuales más de la mitad eran maestras, lo que resultaba bastante insólito en aquellos años.

Este asunto ocupó espacios en la prensa, pues provocó debates diversos. Rafael Martínez Ortiz, quien además de historiar esa etapa la vivió activamente, anotó que el periódico *Patria* “hizo ascos al proyecto” que incluía el estudio de la revolución norteamericana, según criterio del superintendente de escuelas Alexis Frye, para que supieran cómo se formó esa gran nación y aprendieran lo que debe hacerse para la organización como estado independiente.¹

Hubo defensores del plan por lo que podía influir en la posible anexión a Estados Unidos. Ese fue el caso de Francisco Figueras quien veía en ello la posibilidad de inculcar la americanización y el deseo de anexión, aunque otros veían en esto un acto lesivo para la nacionalidad cubana.² El plan del curso incluía un grupo de asignaturas como fueron: Inglés: 2 clases diarias divididos en 40 secciones con 36 alumnos cada una; Historia de las colonias españolas: 2 veces por semana, 10 conferencias; Escuelas Americanas: 3 conferencias en 3 días; Psicología, imitación y procesos aliados en la niñez: 2 conferencias; Historia americana: 18 conferencias; Kindergarten: 8 conferencias; Clase de Sloyd (trabajo manual): 6 conferencias; Bibliotecas públicas: 2 conferencias. Además, había excursiones todas las tardes. Como puede apreciarse, la asignatura con mayor número de horas de clase era el idioma inglés, a la que seguía Historia Americana.

Uno de aquellos maestros que viajaron a Harvard fue Regino E. Boti, el importante poeta guantanamero, quien publicó sus impresiones bajo el título *Harvardianas* en la prensa de su ciudad natal. Las reflexiones de Boti muestran una apreciación acerca de aquella invitación, sus propósitos y lo que debían buscar los cubanos en tal oportunidad, con previsiones que guardan una notable importancia para su momento y, puede considerarse, para todos los tiempos.

En junio, cuando el viaje estaba en fase de preparación, el joven Boti escribió que, en su fuero interno, concordaba con Cervantes en aquello de que “*dádivas ablandan peñas*”, y anotó ejemplos de ello para afirmar después: “Los *yankees* para conquistar voluntades cubanas usarán – usan – de las dádivas”, por lo que desde esa óptica evaluaba el proyecto del curso de verano.³

El contexto de aquel viaje era complejo; según afirmaba Boti, para muchos el porvenir de Cuba era “insondable, negro, oscuro”, pero para otros era “claro, transparente” y había quienes no querían ni verlo ni vislumbrarlo. En su opinión, era “terrible y borrascoso”. Estaba convencido de que los cubanos, solos, podíamos alcanzar la “República Cubana” que estaba en flor, pero “un artero amigo, cartaginés americano, hiere con su planta esta preciosa tierra para hacerla volver atrás en el camino de la independencia y el de la dicha.” Veía en esto la repetición de casos análogos en la historia, por lo que el porvenir de Cuba, lo veía clarísimo, pero triste.

El calificativo de “cartagineses modernos” (o americano o contemporáneo), que el poeta utilizó para los Estados Unidos, destacaba la condición de conquistadores en la nueva época, por ello puso los ejemplos de Egipto y su absorción de los pueblos que le precedieron, así como Grecia y Roma en la antigüedad, a los que siguieron otros más cercanos en el tiempo para llegar a Estados Unidos que “se deslizaron” hasta Baja California, Arizona, Nuevo México y Texas y “pretenden escurrirse hasta Cuba después de haberse apoderado de Puerto Rico y de estar en *veremos* con Filipinas.”

A partir de tales presupuestos, Boti enjuiciaba el presente de Cuba y el próximo porvenir que veía de “absorción completa”, por lo que consideraba que, en tal circunstancia, ante “el cartaginés contemporáneo”, los cubanos debían deponer sus ambiciones y rencores pasados “para converger con todas nuestras fuerzas al fin santo de la independencia.” Esto también le permitía enjuiciar el proyecto con los maestros cubanos: “para seducirnos nos tienden ahora otra red, al parecer débil, pero es fuerte y temible”. Así veía los propósitos del Curso de Verano proyectado. De ahí que planteara como deber de quienes iban a ese viaje, enfrentar esa “seducción por impresionabilidad”, embarcándose cubanos y “volver cubanos quintaesenciados”.

Boti describió el día de la partida hacia “un país extraño y con muy distintas costumbres”, lo que asumía como un “nuevo sacrificio que se impone al Magisterio por y para Cuba.” Aquí refutaba la opinión de algunos de que era un refuerzo para el anexionismo, pues creía que sería “un medio eficaz” para dotar a las escuelas, “que habrán de ser netamente cubanas”, con los adelantos de la pedagogía moderna, “adaptándola a nuestras costumbres y hábitos”. El maestro guantanamero alertaba a “asimilarse únicamente lo que le es conveniente a Cuba y sus hijos, poniendo por delante la antorcha de la libertad.”

La estancia, para lo que calificó de “viaje político-pedagógico” con el propósito de seducir a los cubanos, que sería “un instrumento útil al ideal de los norteamericanos con respecto a nuestro futuro político”, lo llevó a establecer una diferencia notable entre el pueblo estadounidense que apreció culto, serio y cariñoso con los cubanos, y “todos los ricachos, todo Washington” quienes no aspiraban “más que a tender sobre nuestro cuello un nuevo dogal, el más indigno, el más inhumano: el de la anexión”.

Regino E. Boti fue uno de aquellos más de mil maestros que asistieron al Curso de Verano programado por el Gobierno de ocupación militar; sin embargo, no iba de manera inocente a someterse al plan elaborado, sino que desentrañó de manera perspicaz sus objetivos últimos, por ello planteó como plan propio para la parte cubana: “que alcen una generación de cubanos y no de *yankees*, eso se quiere.”

[1] Rafael Martínez Ortiz: *Cuba. Los primeros años de independencia*. Editorial “Le Livre Libre”, París, 1929, 3ra edición, T I, p. 134.

[2] Ver: Marial Iglesias Utset: *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana. Cuba 1898-1902*. Ediciones Unión, La Habana, 2003, pp. 122-132.

[3] Todas las citas de textos de Boti están tomadas de *Harvardianas y otros saltos al Norte*. Selección de Regino G. Rodríguez Boti. Editorial El Mar y la Montaña, Guantánamo, 2006.

Publicado el 6 julio, 2016

<http://www.trabajadores.cu/20160706/un-maestro-cubano-a-harvard/>

[Ir arriba](#)

Cubanidad y Cubanía

Fernando Ortiz

Publicado el agosto 29, 2016 por Dialogar, dialogar

En este tema, «Los factores humanos de la cubanidad», hay dos elementos focales y uno de referencia, la cubanidad, lo humano y su relación. Tal parece, pues, en buena lógica, que primero habría que definir la cubanidad y lo humano, para después poder trazar la relación de correspondencia entre ambos términos. Acaso esto no sea una tarea fácil. Sería ocioso entretenernos en definir lo humano, pero parece indispensable tener una idea previa de lo que se ha de entender por «cubanidad».

¿Qué es la «cubanidad»? Parece sencilla la respuesta. «Cubanidad» es la «calidad de lo cubano», o sea su manera de ser, su carácter, su índole, su condición distintiva, su individuación dentro de lo universal. Muy bien. Esto es en lo abstracto del lenguaje.

Pero vamos a lo concreto. Si la cubanidad es la peculiaridad adjetiva de un sustantivo humano, ¿qué es lo cubano?

Aquí nos encontramos fácilmente con un elemento objetivo que nos sirve de base: «Cuba», es decir, un lugar. No es que Cuba sea para todos un concepto igual. Nuestro competente profesor de Geografía nos decía la otra tarde que «Cuba» es una isla; pero también dijo, con igual exactitud, que «Cuba» es un archipiélago, es decir, un conjunto de muchas islas, de centenares de ellas, algunas de las cuales mayores que otras cuyos nombres han resonado en la historia. Además, Cuba no es sólo una isla o un archipiélago. Es también una expresión de sentido internacional que no siempre ha sido aceptada como coincidente con su sentido geográfico. Recordemos que aun hace pocos lustros era muy sostenida una discusión por estadistas historiadores y geógrafos prehitlerianos acerca de si la Isla de Pinos era o no parte integrante de Cuba, y de si procedía una declaración de «Anschluss» por parte de una potencia vecina, para proteger una minoría irredenta de «sudeten» busfloridanos.

Acaso nos aproximemos al concepto de la cubanidad reconociendo que Cuba es a la vez una tierra y un pueblo; y que lo cubano es lo propio de este país y de su gente. Decir esto podrá satisfacer a muchos, pero nada puede cuando se aspira a la clasificación sociológica, psicológica o etnográfica de lo cubano y de la cubanidad.

Distingamos ahora «cubanidad» de «cubanismo». El «cubanismo», en sentido estricto, es el giro o modo de hablar propio de los cubanos. Por ejemplo, pedir «frutabomba» en un restaurant de Nueva York, como lo he oído, es un cubanismo tan auténtico como alarmante. En sentido más amplio, «cubanismo» es todo carácter propio de los cubanos, aún fuera de su lenguaje. Aparecerse en Washington, como yo he visto, llevando un «cocomacaco» en la diestra es un cubanismo tan genuino como imperdonable. «Cubanismo» será también la tendencia o afición a imitar lo cubano, a quererlo o a servirlo. Un anglosajón puede gustar de los cervantismos y ser cervantista o experimentar «cubanismo» y sentirse «cubanista», sin que por eso adquiera la genialidad de Cervantes ni la «cubanidad», ni el estilo cubano ni el cervantismo. La «cubanidad» no puede entenderse como una tendencia ni como un rasgo, sino, diciéndolo a la moda presente, como un complejo de condición o calidad, como una específica cualidad de cubano.

Dando por definido el concepto de «Cuba» y ciñéndonos aquí a lo humano, ¿quién será característica, inequívoca y plenamente cubano? Hay varias maneras de ser cubano, en lenguaje general y corriente: por «residencia», por «nacionalidad», por «nacimiento». Se es cubano por formar parte de este núcleo humano que se llama pueblo o sociedad de Cuba. Pero ¿será físicamente característica esa Cubanidad reconocida a quien habita en Cuba? No, porque en Cuba hay mucho habitante que es extranjero. Se es cubano por tener la ciudadanía del Estado que se denomina Cuba; pero ¿será plena y típicamente característica la cubanidad del ciudadano en Cuba? No, porque aquí tenemos una ciudadanía demasiado allegadiza, como ese bello color tostado pero superficial que las bellezas nórdicas vienen a ganarse en Cuba con las quemantes caricias de nuestro sol, ciudadanía más camisa que pellejo; ciudadanía de «llega y pon» como diría nuestro lenguaje popular; y conciudadanos hay en los cuales su Cubanidad apenas sobrepasa los bordes de su carta oficial y se esconde solapadamente en el mismo bolsillo de sus dineros.

¿Será cubano el nacido en Cuba? En un sentido primario y estricto; pero con grandes reservas: 1ª Porque no son pocos los que nacidos en Cuba se han dispersado luego por otras tierras, adquiriendo costumbres y maneras exóticas y no tienen de cubano más que el haber visto el primer sol en Cuba, ni siquiera el reconocimiento de su patria nativa. 2ª Porque no son escasos los cubanos, ciudadanos o no, que nacidos allende los mares, han crecido y formado sus personalidades aquí, en el pueblo cubano, se han integrado, en su masa y son indistinguibles de los nativos; son ya cubanos o como cubanos, más cubanos que otros que sólo son tales por su cuna o por su carta. Son aquellos, como el folklore expresa que están «aplatanados». 3ª Porque aun entre nosotros los nativos de Cuba, entre nosotros los indígenas cubanos, así los de antaño como los de hogaño, hay tal variedad de maneras, caracteres, temperamentos y figuras que toda individuación de la cubanidad y de su tipismo es tarea harto insegura. 4ª Porque las expresiones del cubano han variado tanto según las épocas y las diversas fluencias etnogénicas, y según las circunstancias económicas que las han movido e inspirado, que apariencias muy ostensibles, un tiempo apreciadas como típicas, pocos lustros después se abandonan como insignificantes; y 5ª porque rasgos muy marcados en el pueblo cubano no son exclusivos de éste sino que aparecen pueblos de ancestralidad semejante, y hasta en aquellos de razas distintas pero de análoga fermentación social. Al fin, hay que convenir en que, al menos por ahora, la cubanidad no puede definirse sino vagamente como una relación de pertenencia a Cuba. Pero ¿cuál es esa relación?

Ya dijimos que la cubanidad no puede depender simplemente de la tierra cubana donde se nació ni de la ciudadanía política que se goza... y a veces se sufre. En la cubanidad hay algo más que un metro de tierra mojado por el primer lloro de un recién nacido, algo más que unas pulgadas de papel blanco marcadas con sellos y garabatos simbólicos de una autoridad que reconoce una vinculación oficial, verdadera o supositiva. La cubanidad no la da el engendro, no hay una raza cubana. Y raza pura no hay ninguna. La raza, al fin, no es sino un estado civil firmado por autoridades antropológicas; pero ese estado racial suele ser tan convencional y arbitrario, y a veces tan cambiadizo, como lo es el estado civil que adscribe hombres a tal o cual nacionalidad. La cubanidad para el individuo no está en la sangre, ni en el papel ni en la habitación. La cubanidad es, principalmente la peculiar calidad de una cultura, la de Cuba. Dicho en términos corrientes, la cubanidad es condición del alma, es complejo de sentimientos, ideas y actitudes. Pero todavía hay una cubanidad más plena, diríase que sale de la entraña patria y nos envuelve y penetra como el vaho de creación que brota de nuestra Madre Tierra después de fecundada por la lluvia que le manda el Padre Sol; algo que nos

languidece al amor de nuestras brisas y nos arrebató al vértigo de nuestros huracanes; algo que nos atrae y nos enamora como hembra que es para nosotros a la vez una y trina: madre, esposa e hija. Misterio de trinidad cubana, que de ella nacimos, a ella nos damos, a ella poseemos y en ella hemos de sobrevivir.

Hay algo inefable que completa la cubanidad del nacimiento, de la nación, de la convivencia y aun de la cultura. Hay cubanos que, aun siéndolos con tales razones, no quieren ser cubanos y hasta se avergüenzan y reniegan de serlo. En éstos la Cubanidad carece de plenitud, está castrada. No basta para la cubanidad llenera tener en Cuba la cuna, la nación, la vida y el porte; aun falta tener la conciencia. La cubanidad plena no consiste meramente en ser cubano por cualesquiera de las contingencias ambientales que han rodeado la personalidad individual y le han forjado sus condiciones; son precisas también la conciencia de ser cubano y la voluntad de quererlo ser. Acaso convendría inventar o introducir en nuestro lenguaje una palabra original que sin antecedentes roces impuros pudiera expresar esa plenitud de identificación consciente y ética con lo cubano. Aquel genial español, tan dominador del lenguaje y sensible a las necesidades del espíritu, que se llamó Miguel de Unamuno pensó que de la misma manera que en el hombre habría que distinguir su «humanidad», condición genérica e involuntaria de su persona, de lo que es en él su «hombría», condición específica y responsable de su individualidad, así en el campo de las realidades de España convenía diferenciar los conceptos de la «hispanidad» y de la «hispanía». Pienso que para nosotros los cubanos nos habría de convenir la distinción de la «cubanidad», condición genérica del cubano, y la «cubanía», cubanidad plena, sentida, consciente y deseada; cubanidad responsable, cubanidad con las tres virtudes, dichas teologales, de fe, esperanza y amor.

Hemos dicho que la «cubanidad» en lo humano es sobre todo una condición de cultura. La cubanidad es la pertenencia a la cultura de Cuba. Pero ¿cuál es la cultura característica de Cuba? Para saberlo habría que estudiar un intrincadísimo complejo de elementos emocionales, intelectuales y volitivos. No sólo en las manifestaciones de las individualidades destacadas en la vida cubana por la culminancia de sus personalidades, sino también en todas las sedimentaciones, en las cumbres, en las laderas, en los valles, en las sabanas y hasta en la ciénaga. Toda cultura es esencialmente un hecho social. No sólo en los planos de la vida actual, sino en los de su advenimiento histórico y en los de su devenir previsible. Toda cultura es dinámica. Y no sólo en su trasplatación desde múltiples ambientes extraños al singular de Cuba, sino en sus transformaciones locales. Toda cultura es creadora. Toda cultura es creadora, dinámica y social. Así es la de Cuba, aun cuando no se hayan definido bien sus expresiones características. Por esto es inevitable entender el tema de esta disertación como un concepto vital de fluencia constante; no como una realidad sintética ya formada y conocida sino como la experiencia de los muchos elementos humanos que a esta tierra han venido para fundirse en un pueblo y codeterminar su cultura.

[Ir arriba](#)

Entrevista con Víctor Hugo Morales: Los pobres no tienen voz

Paquita Armas Fonseca

La gentileza de Victor Hugo Morales ha hecho posible que leyera a marcha forzada, por el interés que despertaron en mí, los libros *Mentir a diario: Despidos, estafa mediática y entrega del país en la Argentina neoliberal de Mauricio Macri*. Victor Hugo Morales en contrapunteo con Mateo Grille y *Un grito en el desierto*.

La primera de estas obras, de la editorial Colihue, que terminó de escribirse hace unos tres meses, es un retrato de la derechización del continente latinoamericano pintado a cuatro manos y parece ser posible que circule vía digital (por lo pronto) en Cuba dado el interés y disposición de Aurelio Narvaja, máximo responsable de Colihue en la soñada colaboración solidaria, de la que ha hecho gala en otras oportunidades. Y también de Victor Hugo, por supuesto. Ah, el coautor, Mateo nació en Cuba, es hijo de padres exiliados uruguayos en nuestro país.

Del otro libro (*Un grito en el desierto*) escrito en 1997 con varias ediciones, la última de 2012 y diferentes sellos editoriales, comentaré en otro momento. Sólo un adelanto: parece ser una foto del 2016. Pero, ahora, dejo al lector con las respuestas de VHM a algunas preguntas sobre su más reciente obra impresa (*):

-En una entrevista concedida a seis periodistas, uno por cada medio - las agencias Sputnik, Reuters y Nodal, las cadenas de televisión Telesur y Al Jazeera y el periódico La Jornada- la ex-presidenta Cristina Fernández de Kirchner afirmó que “Hoy en el mundo, por lo menos en determinadas regiones, se ve muy claramente la aparición de un partido mediático que juzga públicamente, y un partido judicial, que es como el espejo de este partido mediático” ¿podría explicar esto, desde su experiencia profesional, para el público cubano que, mediante la web, actualmente se asoma a medios de prensa de todo tipo?

-El entramado neoliberal tiene hoy como quilla de su poder a los medios. Estos se han agrupado hasta ser oligopólicos en el mejor de los casos, pero el resultado es directamente de monopolio que actúa sobre la cultura y la información con un poder devastador, puesto totalmente al servicio del neoliberalismo económico. Las directivas políticas y económicas más trascendentes parten de los designios del poder mediático. Macri, en la Argentina, es estrictamente el resultado de la voluntad de los medios. Construyeron su partido. Adulteraron luego la democracia en las elecciones para favorecer a ese partido, club, como se le quiera llamar, que es la prolongación del brazo del poder real.

- “Fuera del Estado, para los más vulnerables no hay mundo, no hay dignidad, no hay nada que valga la pena. Y la guerra enmascarada en los valores de la libertad de expresión es impiadosa, constante, cruel y mentirosa. Sin Estado no hay democracia, porque es el que puede arbitrar en la desapareja relación de las fuerzas en pugna”, afirma en su libro *Mentir a diario: Despidos, estafa mediática y entrega del país en la Argentina neoliberal de Mauricio Macri. Victor Hugo Morales en contrapunteo con Mateo Grille*” ¿acaso no es una afirmación demasiado categórica? ¿Por qué?

- Lo es, sí. Y la reafirmo con todo el énfasis que sea posible. El neoliberalismo es el creador de la sociedad mundial injusta y desigual que tenemos. En ese marco de hambre, ignorancia y desesperación del mundo, los



VHM: El neoliberalismo es el creador de la sociedad mundial injusta y desigual que tenemos. En ese marco de hambre, ignorancia y desesperación del mundo

vulnerables no tienen voz. Hace poco el New York Times se preguntaba cómo era posible que siendo muchos más los pobres, aceptaran calladamente su destino. Sencillamente porque no tienen voz, y cuando algún atisbo de equidad aparece, sucede lo que en América Latina: O Globo, Clarín, Televisa, destruyen la esperanza interponiendo la prepotencia de su voz.

- "Estamos en medio de un periodismo absolutamente mafioso, encabezado por el Grupo Clarín, que hizo trizas la democracia, que hizo trizas la posibilidad de que la gente estuviera informada, y que ahora se ha quedado absolutamente con todo", afirmó Usted en la presentación de su libro que escribió "en contrapunteo con Mateo Grille" ¿Por qué ese dúo?

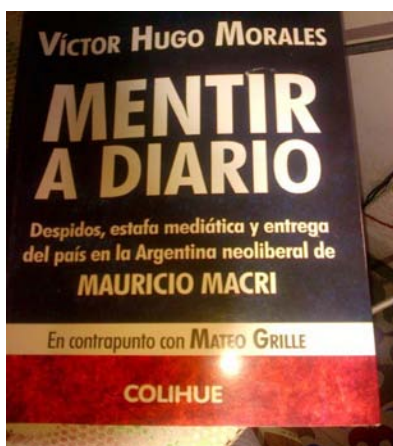
- Tenía deseos de pensar mejor, de crecer. Cada vez que hablamos con alguien calificado, la calidad del pensamiento se supera. Quería mirar con otra persona el cielo político de América, aunque después, la Argentina, como laboratorio de la restauración neoliberal de este tiempo fue opacando aquella intención inicial, si bien reaparece cada tanto.

- ¿En cuánto influyó la suspensión de la ley de Medios en la historia reciente de Argentina?

- Fue muy doloroso en el valor simbólico que la ley proyectaba. Era una ley que tenía un gran espíritu democratizador. No hubiera influido en el juego de poderes tanto como imaginaban sus creadores, pero restañaba heridas de un tiempo de injusticias no visibilizadas. Era un trabajo con el que se consustanciaron los jóvenes, y una puerta abierta a la creación de más voces. Unos cuantos megáfonos que, lejos de influir como el aparato del monopolio, acercasen a las gentes de todo el país, voces nuevas, que influyeran como células en la construcción de una mejor democracia. Era un ideal, cuya eficacia estaba por verse. Eso, nada menos impidieron.

- Este libro escrito a cuatro manos para la editorial Colihue ¿fue "amasado" a raíz de su despido de Radio Continental durante unas vacaciones forzosas o ya venía escribiendo sobre los medios de comunicación, aunque parte sustancial de su contenido sea una denuncia al gobierno de Mauricio Macri?

- No, en el prólogo están las fechas de la invitación a Mateo. El despido vino después, la narración lo explicita. Se convirtió, eso sí, en un capítulo del libro y quizás aceleró la visión más argentinizada del libro. Quería escribir poco a poco, algo más profundo de América Latina, que aquello que impone la actualidad con su prepotencia.



- A veces pienso que la solución planetaria sería una invasión alienígena altamente desarrollada que no esclavice a los terrícolas, y los ayude a salir de este remolino de locura, en otras oportunidades soy optimista y pienso que el homo sapiens aún puede mostrar su inteligencia ¿Qué pasa por su cerebro cuando ve el planeta azul?

- Me alegra tener ya mis años, y tener más cerca la salida.

- ¿En que trabaja VHM ahora? ¿Y el fútbol?

Ocurrió algo inesperado. Cuando estaba pensando en el retiro, apareció la propuesta de una radio pequeña para hacer el tipo de programas que me habían quitado. Y más tarde un canal de TV de noticias me ofreció ocupar la franja importante de las 18 a las 21. Estoy ahora tapado de trabajo en una jornada que empieza a las 6 y termina a las 21, interrumpida por almuerzo y siesta breves. Es mi última contribución a la discusión en la que estamos. Con el ánimo de quien se está despidiendo pero dando pelea. Que ya no es propia, porque nada

espero para mí. Que tiene algo de automatismo porque en el fondo de mi corazón, no creo en una ayuda planetaria. Hay tanto silencio en el espacio...

(*) *El intruso, Hablemos de futbol y Victor Hugo por Victor Hugo son piezas escritas también por el reconocido narrador de fútbol.*

[Ir arriba](#)

La impronta de Alfredo Guevara

Luis Morlote Rivas*

Quiero quizás decir dos o tres ideas, porque los que estamos aquí estamos por dos razones: una, yo veo a muchos amigos de Alfredo aquí, gente que fueron queridas, que están aquí y que pueden hablar con mucha propiedad de cómo era Alfredo también, y por lo tanto de lo que ese legado que Alfredo fue construyendo día a día, y que los que fuimos cercanos a él, amigos --de lo decía ahora a Eusebio--, no lo vemos muerto ni mucho menos; lo vemos ahí batallando con nosotros obstinadamente.

Esa es la razón por la que estamos muchos aquí, y otra poderosa razón es tener la posibilidad de compartir con Eusebio, que es una persona extraordinaria para nosotros, que admiramos mucho todos los que estamos aquí, y que además me cabe el honor de que Alfredo lo tenía como un amigo incondicional muy cercano. Yo sé cuánto él admiraba a Alfredo, y sé también cuánto Alfredo lo admiraba y lo quería a él, y todo el tiempo Alfredo hablaba de la tremenda proeza esa que cotidianamente construye Eusebio. Alfredo tenía una especie de admiración-envidia por cómo Eusebio lograba cotidianamente imponerse a los obstáculos y construir una catedral a la belleza, como lo hace en cada acto de su vida. Por tanto, cuando empezábamos a soñar este encuentro, que es verdad que lo íbamos a hacer por el aniversario del nacimiento de Alfredo, la primera persona en que pensamos siempre fue en Eusebio, y que podamos, a unos días nada más de sus 90 años hablar de Alfredo y que esté Eusebio presente a mí me emociona mucho, y le agradezco a Eusebio que esté presente, que haya aceptado estar con nosotros.

Yo debía ser el segundo que hablara, porque Eusebio tiene una amistad de muchos más años con Alfredo, y yo lo conocí muy al final de su vida, en sus últimos años; pero igual voy a hablar como representante de una generación que tuvo la posibilidad de compartir con él mucho tiempo. Nosotros tuvimos la posibilidad --y Eusebio lo sabe bien-- de que Alfredo hiciera del Pabellón Cuba, de la sede de la Asociación, su cuartel general. En los últimos tiempos, yo creo que venía mucho más al Pabellón Cuba, que este es un pabellón muy lindo, pero con una cantidad de obstáculos para Alfredo, que venía en su silla y eso; pero yo recuerdo que

diariamente, en los últimos tiempos, él venía aquí al Pabellón. Siempre estaba sobre las 6 o las 7 de la noche, bajaba incluso las escaleras esas, que son intransitables, y nos sentábamos ahí a conspirar un poco en las oficinas de la Asociación y a pensar. Y hay que agradecerle muchas de las cosas que se hicieron, desde la propia remodelación del Pabellón hasta el concepto cultural, que hoy me decía Eusebio que hay que volver a recuperar ese concepto menos comercial y más cultural y más artístico que tenía el Pabellón, que todo el tiempo fue una idea de Alfredo, esta misma sala, la propia sala de cine. Fuimos, de Festival en Festival, tratando de construir un espacio también para que los jóvenes tuvieran un lugar para apreciar las artes, desde la propia galería. Y él insistía mucho en que tuviéramos un lugar para debatir, para discutirlo todo, para polemizar.

Ese privilegio extraordinario que significó el que nos honrara con su amistad. Aunque él decía que no, él sabía que de alguna manera nos estaba preparando también para enfrentar las batallas por venir en un país que sigue aspirando a construir una sociedad justa donde el ser humano esté en el centro de las preocupaciones.

Yo anoté algunas cositas ahí, sé que no las voy a poder decir, para que Eusebio tenga todo el tiempo y para que los amigos que están aquí, que son muchos, puedan hablar. Yo quisiera quizás, Eusebio, remarcar tres o cuatro ideas del pensamiento y del accionar de Alfredo y de su relación con los jóvenes, porque yo sé que las intervenciones de Alfredo fueron muy polémicas siempre.

Recuerdo incluso algunos espacios a los que fuimos juntos, yo iba acompañándolo como público a ver sus intervenciones en la propia Universidad de La Habana o en el Instituto Superior de Arte, en el ISA, donde tuvo encuentros, o en la propia Facultad de Filosofía --aquí veo al entonces Presidente de la Facultad de Filosofía, que está aquí, Alejandro--, o en otros espacios. Yo recuerdo que decía cosas muy polémicas, que incluso a algunos dirigentes de allí los crispaban, los preocupaban, porque Alfredo andaba por ahí diciendo cosas que no debía decir. Y yo sí quisiera remarcar el hecho de que Alfredo fue todo el tiempo un incondicional de la Revolución que él ayudó a construir; que él, en su propio pensamiento y en su propio actuar, toda la lógica de su diálogo con los más jóvenes tenía que ver con defender la construcción del socialismo desde el ideario martiano y desde un pensamiento marxista que se apropiaba de ese ideario martiano. Él creía y defendía profundamente el socialismo cubano, el socialismo ese tropical.

Yo después voy a leer ahí un fragmento final de lo que él escribió. Porque él estaba trabajando en un libro sobre Pablo Lafargue, y yo recuerdo que el propio Javier se tiene que acordar porque él hizo uno de los últimos trabajos documentados, de las últimas entrevistas de Alfredo, y yo recuerdo que Ramonet nos confesó a nosotros que Ramonet le decía a Alfredo: “Bueno, ¿qué te traigo?, porque yo sé que te gusta tanto el fútbol, o te gusta tal cosa.” Y Alfredo le decía: “No, no, tráeme libros de Pablo Lafargue porque en tal biblioteca yo leí que hay...” Entonces venía Ramonet cargado de libros a los Festivales; yo creo que por eso lo invitaba tanto a los Festivales, porque venía Ignacio cargado de libros para dárselos a Alfredo.

Y yo decía que en ese socialismo tropical, que él consideraba que era el socialismo que nos tocaba a nosotros y que debíamos construir, él creía profundamente en la capacidad creativa de los cubanos para buscar

soluciones a los problemas. Eso más de una vez yo lo vi defenderlo. Él participaba, como protagonista que era, por supuesto, con profundo sentido de pertenencia del proceso revolucionario, y además por lo tanto lo criticaba con vehemencia. Yo recuerdo que él siempre nos decía a nosotros --Rubiel y los demás compañeros lo deben recordar-- que la Revolución no era a veces las personas que la encarnaban, sino era todo el tiempo ese pensamiento fidelista de irse repensando, discutiendo todo lo que se hacía cotidianamente.

Quizás el ejemplo de eso, a mí me llama mucho tiempo la atención --el otro día estábamos hablando de eso-- que el propio Alfredo esa visión crítica que tenía de la realidad del entorno lo llevaba incluso no solo a ser crítico con él mismo, sino con algo tan importante como el ICAIC que él fundó.

Yo recuerdo la profunda conmoción que significó para Alfredo la entrevista que le hicieron Xavier y Wood, porque yo me acuerdo que él me contaba que habían llegado con una maletica chiquita y que de pronto lo que él tenía que transportar en rastras para hacer una película, o hacer un documental, o hacer el propio Noticiero ICAIC del que estábamos hablando ahorita, eso ya se resolvía con una maletica de donde sacaban las luces, la cámara y todo eso, y que él creía, por supuesto, en la obsolescencia que ya tenía; no en la importancia del ICAIC, sino en la obsolescencia de la manera como estaba la rutina productiva, por lo tanto eso fue de lo que él también en los últimos tiempos habló mucho, de la manera de diseñar y de construir un nuevo modelo para la producción del cine nacional.

Y otro de los temas que yo quería mencionar es que a mí me llamó mucho la atención esa profunda capacidad, que no la tienen todas las personas cuando ya llegan a una edad, esa profunda capacidad que tenía de entablar un diálogo con la gente más joven, y esa capacidad que es quizás lo que sorprende a Elier y lo que uno percibe en los diálogos de una compilación de textos como esta de *Dialogar, dialogar*, que por cierto habíamos pactado para presentar justamente el día que murió Alfredo. Es decir, aquí en este salón íbamos a hacer la presentación de este libro el día en que lamentablemente murió, y tuvimos que hacerlo tres días después, que sirvió como homenaje a su desaparición y a su vida. Y siempre me llamó la atención esa capacidad para entablar esos diálogos con la gente joven, sin pretender que sabía más, o sin pretender ser como el abuelo sabio ese que quiere dar consejos, sino que él te oía todo el tiempo; tenía teorías propias que costaba trabajo rebatirle, pero era capaz de escuchar los criterios, de intercambiar, de confrontar sus opiniones, y cuando más feliz se sentía --yo lo recuerdo-- era cuando uno tenía una opinión contraria, y te pedía que tú la defendieras.

Por ejemplo, a mí me resulta muy interesante --y por supuesto que el Festival ahora, lógicamente, se parece a Alfredo, pero se parece también a quienes lo hacen-- que en los últimos años yo aprecié mucho que Alfredo fue intentando que el Festival se desplazara hacia el debate de ideas y hacia tratar de defender las causas latinoamericanas, que fueron --y él en más de uno de estos textos lo confiesa-- la idea primigenia del Festival, poner a confluir a los cineastas de la cinematografía latinoamericana, pero ponerlos a confluir sobre todo para discutir, para debatir ideas. Y yo recuerdo, por ejemplo, que él convirtió el Pabellón en la 34, en la 33 edición, desde la 30, que tuvieron un espacio grande aquí en el Pabellón, lo convirtió en la sede para discutir el tema de Puerto Rico. Él decía que el Festival no podía abandonar la idea de Puerto Rico mientras que Puerto Rico no fuera libre, y que esa era una causa con la que él estaba comprometido.

Y yo recuerdo alguna vez, en una discusión que hubo entre jóvenes, alguien le dijo, de la gente del equipo de nosotros, le dijeron que le parecía muy aristocrático el Hotel Nacional para discutir estos temas allí, que había que buscar un lugar más popular para discutir. Y esa fue la idea de mover esos talleres para el Pabellón para que hubiera una confluencia.

Yo recuerdo, por ejemplo, en las últimas preparaciones de los Festivales, discusiones hasta muy tarde aquí en el Pabellón de qué talento poner, es decir, Alfredo pensando en qué música ponía, es decir, es una cosa que uno la ve muy ajena al pensamiento de Alfredo; pero Alfredo estaba muy interesado en conectar con la gente más joven.

Yo recuerdo que me dijo: “¿Cuál es el grupo que más se oye en Cuba ahora mismo?” Yo confieso que no veía mucho Piso 6, pero le dije: “Bueno, Alfredo la gente que está haciendo cosas más interesantes, inteligentes, que tiene más pegada es *Buena Fe*.” Y me dijo: “¿Y tú puedes hablar con ellos para yo conversar con ellos, para que vengan?”. Y yo le dije: “Sí, yo creo que se van a sentir honradísimos”. Y una tarde fue Israel a la Casa del Festival. Estuvieron conversando casi seis horas, es decir, y no estuvieron conversando a partir de la experiencia de Alfredo, es decir, no era Alfredo contándole a Israel –eso lo puede contar Israel mejor que yo-- sobre sus experiencias, sobre la Revolución, sino era Israel contándole a Alfredo sobre sus experiencias con la juventud, sobre el momento que estábamos viviendo, qué hacer.

Y eso se convirtió en un lindísimo concierto que Israel preparó para la clausura de ese Festival de Música del Cine Cubano, de películas del cine cubano que luego se lo ha llevado a sus giras internacionales, lo vimos en Estados Unidos que fue una cosa inédita: empezó ese concierto en Miami cantando *Cuba Vay* todos los cubanos allí cantaban *Cuba Va*, y se ha hecho un grupo de giras con eso a partir de esa idea de Alfredo.

Yo había anotado muchas cosas quizás graciosas de quienes conocieron a Alfredo y terribles también de Alfredo. Él tenía conceptos muy particulares. Decía, por ejemplo, que para tener talento había que también tener un poco de diablo dentro, que él no creía en el talento real si no había detrás de eso una diablura. Además, lo graficaba. Y yo le decía: “Alfredo, no grafiques”. Y lo graficaba además con un grupo de personalidades de la Revolución Cubana, iba poniendo los ejemplos, y le decía: “En grandes entornos no pongas esos ejemplos”. Pero hablaba de cómo la Revolución había sido precisamente una especie de juego de ajedrez, y cómo Fidel siempre era el mejor ajedrecista que sabía dónde mover la pieza cuando nadie sabía dónde estaba. Esa admiración por Fidel siempre estaba presente.

Recuerdo cuando le presté dos libros, uno de ellos *La contraofensiva estratégica*. No durmió, estuvo dos días leyéndolos --me los pidió prestado, no los tenía--, y me mandó a buscar como un viernes o un sábado para decirme las angustias y las satisfacciones que tenía con esos dos textos que le presté, porque siempre además de la amistad extraordinaria que tenía con Raúl, siguió viendo en Fidel ese líder que se adelantaba a todo. Es decir, disfrutaba de hacer el cuento de esa rivalidad cuando él conoció a Fidel, de voy a ir a verlo allí a la Facultad y ver quién es, y entonces la manera cuando Fidel se enamoró de una muchacha de su Facultad él dijo: “Bueno, ya se embarcó, cayó en la hierba, ahora va a tener que venir a mi Facultad, y allí lo voy a

estudiar, porque este, o es el más grande gángster o es otro Martí”. Y decía: “Y yo descubrí entonces que verdaderamente había descubierto a otro Martí”, y eso lo animó hasta...

Yo recuerdo los 31 de diciembre, que cumplía años, en los últimos 31 de diciembre, que yo lo llamaba, y él me decía: “Sí, ya, cuelga”, porque él estaba esperando otras llamadas que le alegraban mucho el 31 de diciembre, y esperaba, porque ese era su mejor regalo.

Recuerdo también cosas muy locas, muy graciosas. Por ejemplo, yo le decía: “Alfredo, ¿por qué nunca te pusiste una guayabera?”, porque estaba el debate ese, que ustedes vieron que él resolvió en la conversación con Amaury sobre el saco, y le preguntaba: “Alfredo, ¿por qué no te has puesto una guayabera?” Y me decía: “Bueno, es que la imagen que tengo de la guayabera es que apenas me probé una guayabera ya me imagino con un par de maracas y ya estoy en un trío...” (RISAS) Es decir, la cubanía para él estaba más en el pensamiento y en el ser que en esa marca quizás que identifica, maniquea hoy a los cubanos.

Y yo quería, antes de darle la palabra a Eusebio, leer --Eusebio, si me lo permites-- un texto que a mí me parece revelador de que Alfredo sigue estando en el futuro y va a seguir estando en el futuro para nosotros.

Alfredo me dijo una cosa muy terrible. Yo le agradezco mucho a Abel, porque en los días en que él estuvo enfermo, Abel logró que yo pudiera ver a Alfredo unas horas antes... Y yo recuerdo que la semana antes de morir, estuvimos conversando mucho sobre la impronta de la generación de la Revolución--es decir, sobre esto que a mí no me gusta mucho la palabra, pero que le llama Elier impronta--, y yo decía: hoy lo que vamos a tener es un diálogo con Alfredo y desde Alfredo.

Y yo le pregunté mucho sobre él, y él, en medio de la angustia esa, que era una angustia optimista; es decir, era una cosa muy rara, porque Alfredo tenía una angustia por el tiempo que le faltaba para hacer cosas, muy parecida a la que tenía Fidel en aquel encuentro con los jóvenes de la Asociación en el 2001, que dijo: “Lo que ustedes pueden hacer en veinte años yo lo tengo que hacer en cinco años”. Y Alfredo tenía esa misma idea, el poco tiempo que le quedaba para hacer cosas, y quería ver cosas terminadas. Esa fue una idea que lo movió mucho tiempo.

Y esa semana antes de morir, me dijo: “Yo creo que de nosotros no se hablará, de varios de nosotros yo creo que habrá un tiempo que no se hablará”. Y yo le dije: “Alfredo, ¿Cómo vas a decir eso, tú no confías en nosotros? Me dijo: “No, esa es una cosa de la vida, no se hablará de nosotros en un tiempo; pero pasarán 30, 40 años, y se estudiará nuestra obra y se estudiará nuestra vida, y entonces nos pondremos de nuevo nosotros entre las generaciones que ya no será la tuya, serán la de tus hijos, la de tus nietos.” Yo por supuesto que no le creí y no le creo; pero, bueno, él tenía una visión muy particular de cómo iba a ser el futuro.

Y quería terminar con este bellissimo texto, que es el final de la conferencia de él, del encuentro que él tuvo en el Centro Cultural *Padre Félix Varela*, que es mucho más rica, y además unose da cuenta cuando la lee de la defensa de la Revolución a partir de la idea de la belleza que él mencionaba aquí y que mencionaba Elier para presentarlo.

Y decía algo que nos hace comprender por qué es importante hablar de Alfredo, leer a Alfredo y seguir defendiendo la obra de Alfredo. Dice:

“Si estuviera a mi alcance, me haría rodear de los Servando Cabrera Moreno los Raúl Martínez de esta época, e igualmente de los Alejo Carpentier, los Lezama y los Raúl Roa y los Gutiérrez Alea, Titón, y de los Humberto Solás, quiero decir, de los creadores del texto y la imagen, de los fascinadores, y con ellos inventaría una inmensa Catedral imaginaria, y entonces llamaría a Leo Brouwer, que está aquí, y con él a Silvio y Omara, y en esa inmensa Catedral --inmensa siempre porque sería la Patria-- llamaría a iniciar otra Campaña de Alfabetización de la Conciencia en la que todos, con todos y para todos, martianos hasta la médula, nos comprometíamos juramentados sin necesidad de juramentos, a salvar la Patria fortaleciéndola desde la unidad y la acción renovadora, cada quien desde su iglesia, estas, las que he mencionado y también las otras, pero no observadores desde un margen u otro, sino como protagonistas. De eso se trata: de protagonizar la nueva hazaña, esa que para mí, pretencioso como profeta, tendrá que generar en lo más hondo, esencial del alma, la solidaridad fraterna, fijar la mirada en el otro, dar sitio a la bondad y a la justicia que, entrelazadas, pudieran ser el amor y siempre la belleza que resume como iluminación iluminante. “Les hago un guiño que develo mezclando tantas cosas, la trinidad neoplatónica de Plotino de la Academia Florentina y Ficino con los Lineamientos de Raúl, las proposiciones que contiene el texto en circulación para la Conferencia del Partido, las de mi Iglesia, menos renacentista de lo que quisiera fuera, y además en medio del Trópico, en medio de una tormenta que amenaza y un anticiclón que dice nos protege. Es un ajiaco.

“Recuerdo ahora una observación de Lezama que invitaba a mirar la Catedral desde un ángulo en que parece construida con o desde las olas, así de ondulada y marítima, parece que en homenaje a la Caridad del Cobre. Un blanquito, un negrito y un indio unidos se salvaron. Siempre un símbolo: en un pequeño, destartado bote, todo unido, mestizado, nos define. Espiritual mestizaje del espíritu, no de las pieles, que no importan. Y es por eso que, para terminar, me serviré, distorsionándola, de una frase del mensaje de Fernando Martínez Heredia a nuestra intelectualidad: ‘No debíamos aceptar dos Cubas en la cultura. Es que la cultura es la nación, la Patria y la identidad.’ Y entonces, ese recurso repetido de Silvio: ¡Ojalá!

“No sé, me pregunto si en el Concilio-Conferencia de mi Iglesia- Partido se encontrará ocasión de que entre sus conclusiones aparezca una fórmula que haga apreciar que es posible un socialismo juvenil, desenfadado y bello, el único que puede lograr la eficiencia y la eficacia que solo se da en el saber aplicado a partir de la persona, persona realizándose no en los supuestos cuadros, a menudo, no siempre, seleccionados sin esa cualidad. “Cada vez me convenzo más de que vale la pena recuperar, estudiar, exaltar a Pablo Lafargue, discípulo temprano, cercano de Marx, y cultor de vida plena, e introductor del trópico nuestro en menos templadas aguas. La liberación desalienante para cultivar lo espiritual y reservar algnillo para gozar.

“No habría modo de refundar el Socialismo sin desterrar la fealdad, la miseria y la ignorancia, enemigas imperialistas que se empeñan en invadirnos y que andan infiltradas. E insisto: habrá que desterrar la fealdad con la miseria cuando esté presente, y definitivamente la ignorancia que resiste; son rasgos incompatibles con

el Socialismo. El socialismo tendrá que ser definitivamente Neo-Renacentista cultor de la Belleza. Es el socialismo en que creo, el que quiero.” (APLAUSOS)

*(Intervención de Luis Morlote Rivas, en el espacio *Dialogar, Dialogar*, de la Ahs, 23 de diciembre de 2015)

[Ir arriba](#)

Alfredo Guevara: paradigma de la libertad en la lealtad

Eusebio Leal*

Voy a confesar que yo nunca me preparo para las cosas porque creo que el que no esté preparado siempre, que no vaya. Esa es una doctrina muy "alfrediana"¹.

Este lugar, lógicamente, me trae muchos recuerdos, y por eso protesto contra su decadencia, porque fue aquí donde los conocí a todos allá por la década del sesenta, en el Salón de Mayo. Era yo un joven deseoso de conocer mi destino, que no estaba revelado todavía, y fue aquí, en el jardín del Pabellón Cuba, en medio de aquellas noches alucinantes, donde tuve a la mano a los intelectuales cardinales, algunos de los cuales nos acompañan todavía. Y apareció ahí de pronto, con su imagen tan especial, Alfredo, invariable en el estilo que él impuso como suyo y que jamás cedió ni cambió ni modificó. Era él.

Y es muy importante el sentido de la identidad y el sentido de la huella. Por tanto, si al menos fuera como él dice, es una realidad: somos muchos, pero afortunadamente todos tenemos una huella digital diferente, y cuando esto fue descubierto, se reveló uno de los grandes misterios de la naturaleza humana. Alfredo era una huella en sí mismo.

Me acerqué a saludarlo, y me dio un raspe gigantesco, porque Alfredo era como Nicolás dijo del Che: llano y difícil. Como me lo habían presentado antes, me acerqué de nuevo, ávido de conocerlo más, y me dijo con una sonrisa: “Ya yo lo saludé.” (RISAS) Entonces me quedé como quien busca un autógrafo y se lo niegan. Pero el destino me deparó otra fortuna.

A partir de ese momento comenzaron años de creación, y la agitación que vivía el pensamiento cubano tras las palabras de Fidel a los intelectuales, aquella gran definición, aquel parteaguas que a veces se interpreta dogmáticamente en cuanto a lo escrito y no en su espíritu.

¹ Muy de Alfredo Guevara

Fue el rechazo absoluto, desde el primer momento, a aquella equivocación conceptual que era el realismo socialista, que trataban algunos de imponer, incluso algunos artistas, y él volaba más lejos, estaba fuera de todo eso. El Salón de Mayo había sido la expresión de esa libertad del pensar y de ese deambular por el país de una cantidad de intelectuales del mundo, hombres de letras cuyo afecto hacia Cuba a veces varió de acuerdo con las influencias fatales que se cernieron luego sobre la Revolución Cubana, que era una fuerza de la naturaleza desencadenada.

Alfredo es el paradigma de la lucha contra la decadencia y también el paradigma de la libertad en la lealtad; es un hombre que se sabe y se cree libre, y que actúa siempre dentro de un código de conducta que se revela en lo que tú has leído. ¿Pero dónde estabas leyendo eso? En el Centro Félix Varela, lo cual demuestra, primero, su libertad, que él se la creía y la tenía, porque además muy pocas personas se atreverían como él a decir: yo dentro de la Revolución actuó con libertad, que es la libertad que vio allí en la Universidad, en el gran debate de aquellos años previos al triunfo de la Revolución, años en que nacían, florecían y se definían las ideas en la Universidad. Un Fidel que se enfrenta a piñazo limpio con uno que va a ser luego su entrañable compañero hasta el final, un Fidel que tiene necesidad de recibir un arma para defenderse cuando lo amenazan y, al mismo tiempo, el hombre que es capaz, como él lo revela ahí, de enamorarse de las muchachas, de encendérsele los ojos, como lo vi años después, hablando de La Bombonera - esa famosa casa de huéspedes donde las mujeres más lindas de La Habana y de Cuba se reunían para estudiar. Quiere decir, esa naturalidad en el modus actuante de Alfredo es muy importante, él fue fiel a eso hasta el final.

Alfredo no fue un hombre perfecto, ni tenemos que estar de acuerdo con todo lo que pudo decir, y él habría concordado conmigo al hacer realizar esta afirmación categórica. Alfredo hizo lo que le dio la gana con su vida, e hizo bien, porque asentó un capítulo de la libertad humana desde el compromiso.

Alfredo puso en mis manos, por ejemplo, cuando era imposible conseguirlo, lo encargó para mí, el libro de Marguerite Yourcenar, *Memorias de Adriano*, donde aparece el diálogo entre Adriano y Antínoo, que era su propio diálogo entre la búsqueda de la verdad, la angustia del poder y la angustia existencial. Alfredo, por ejemplo, leía apasionadamente a San Agustín, y ese es un detalle muy importante, porque Alfredo era un intelectual marxista. Y digo marxista porque él rechazaba después todas las demás cosas. Él decía: “Otras revoluciones han muerto, la nuestra no, vive”; pero eso nace de su convicción marxista de que nada era estático, que todo se movía, que había que respetar el destino de los hombres. Por ejemplo, entre los cubanos, él le dio mucha importancia a Pablo Lafargue, cuando descubrió su historia durante su estancia en París, como representante de Cuba ante la UNESCO; París, una ciudad que él amaba tanto, como Juan Marinello quien repetía: “Y pobre del que no ame a París.”

Marinello me dijo a mí: “Ay, compañero” --con aquella voz preciosa que tenía--, "cuando triunfe el socialismo en el mundo, que nadie toque a París." (RISAS) Eso se lo oí decir, además, en un momento muy difícil, porque estaba contestando las cartas de las personas que le daban el pésame por la muerte de su amada esposa, Pepilla, que fue un trance para él muy tremendo. Yo fui muy amigo, devoto, de la personalidad de Juan.

Entonces Alfredo amaba a París. De hecho, ahí lo tienes con su traje azul y con su Legión puesta. No era el amante frívolo de la ciudad bella, que también le encantaba y la disfrutaba y la enseñaba como pocos, sino lo que le interesaba era lo que había pasado allí; no le interesaba tanto la crisálida como la mariposa. A él le interesaba el París de la Revolución, el París de la plantación del árbol de la razón pura, el París del cambio revolucionario de los nombres de los días de la semana y de los meses del año. En medio de esa confusión gigantesca, de pronto refería los más importantes eventos: la Comuna de París, la olvidada Revolución de 1848, el mundo de los intelectuales, el Salón de Mayo, el mayo de París de 1968; todo eso nos lo contaba Alfredo con una gran pasión.

En mi casa, en la calle Compostela, que era para mí como el paraíso perdido, ahí llegaba todas las noches con Humberto, porque se estaba discutiendo el guión y lo que sobrevino después, el Armagedón con la película *Cecilia*. Recuerdo a ese Alfredo muy joven todavía, y nos íbamos a comer en la época en que todavía *La bodeguita del Medio* no era un centro turístico, sino que era un lugar recuperado en aquel momento, después de la hecatombe de la nacionalización, en que se pusieron a vender pescado allí, pescado frito, y entonces, cuando viene el incidente de Nicolás con Salvador Allende, que se abre *La bodeguita*, íbamos a *La bodeguita*, conversando con Martínez, con Armenia, con Varillas el cajero, que siempre buscaba lugar para nosotros, llegaba Alfredo y entraba. Alfredo era solvente, nosotros no; entonces éramos pobres de verdad. Y entonces comíamos allí y disfrutábamos de la conversación de Alfredo, que era como escuchar a un filósofo de la antigüedad.

Él se mostraba fascinado con Pablo Lafargue, al que nadie le había dado en Cuba el lugar que le correspondía por una cuestión: por la sanción moral que hasta hoy tiene todo el que se quita la vida. Alfredo me dijo a mí que él no había tenido el valor de hacerlo, sobre todo cuando había entrado en ese período de la vida en que, como le dice Jesús a San Pedro: “Cuando seas viejo, te llevarán adonde no quieras.” Ese es el sentido de su final.

También me abrió la puerta de su casa en el FOCSA –allí vivían su madre y su hermano, al que él apreciaba tanto--, conversábamos mucho en aquel lugar, y después me llevó a su casa del Malecón, que está en ruinas, y me prometió colocar allí lo que se merece, para que las generaciones futuras lo crean. Alfredo dijo eso Morlote, es verdad, que vendría un silencio después. Yo también lo creo. Pero lo creyó Martí; dijo: “Durante un tiempo, mis ideas se eclipsarán y luego volverán a nacer.”

Entonces Alfredo se daba cuenta de los momentos que vivía. Y ya, atravesando el tiempo, Alfredo, por ejemplo, en medio de unas discrepancias colosales, creó especialmente el Grupo para el Desarrollo de La Habana Vieja, con el solo objeto de resolver una querrela muy grande, que Hart solucionó en esa época, cuando llegó al Ministerio de Cultura y apareció Armando, con Yeyé del brazo, con las hermanas Bravo... Aquello significó un cambio absoluto, total, grande. Era un momento de gran creatividad, de gran ilusión.

Esa ilusión que tú señalas, nunca apartó a Alfredo del conocimiento de la realidad. Él se anticipaba a lo que después serían leyes o disposiciones de la Revolución, porque las creía inexorables. En los momentos de

mayor peligro, siempre consideraba la importante necesidad de hacer un traje a la medida para Cuba. La vida le ha dado la razón: Cuba está sola frente al muro rajado; creo solamente en el poder de Cuba porque Roma, cuando lograba vencer a un reyezuelo de cualquier parte, o destruir un reino, o traer a un príncipe bárbaro, lo traían encadenado y en una jaula y lo paseaban por las calles. A Cuba no ha sido posible llevarla en una jaula de hierro.

Quiere decir, los acontecimientos que ya no vivió Alfredo y que hemos vivido nosotros fueron el símbolo del valor de un pueblo, que fue capaz de hacer una proeza inimaginable, que fue atravesarse en el camino de las Termópilas y luchar padeciendo enormes dificultades.

En la casa donde lo visité tantas veces al final, pues era su mensajero para muchas cosas y a veces él el mío. Sus conversaciones eran provechosas como eran habituales con Fidel, con Raúl y con Vilma, que era su amiga queridísima, y la consideraba su compañera de lucha. Era la forma de Alfredo de trasladar también un espacio de la realidad, sobre todo del mundo intelectual, que todavía tiene que enfrentar, en muchos aspectos grandes prejuicios. Todavía hay algún personaje, algún burócrata, que se atreve a hablar de "los intelectuales".

Bueno, eso no es nuevo. Alfredo se reía mucho cuando yo le decía que, en una ocasión el general presidente Bartolomé Masó llegó con una comitiva formada además por grupos de intelectuales que lo rodeaban, y al ver esto el general Modesto Díaz se puso verde. Y el presidente le dijo: "¿A usted qué le pasa, general." Y respondió: "Que lo veo a usted rodeado de esos bandidos." Y dice: "¿Pero cómo van a ser unos bandidos? Estos son jóvenes libertarios." Y Modesto Díaz responde: "No, no, a mí me han dicho que son unos poetas." (RISAS) Quiere decir que eso viene de atrás.

Lo que pasa es que la Revolución la hizo el pueblo, desencadenado por intelectuales. Céspedes fue un intelectual, Agramonte fue un intelectual, todo lo que rodeó Guáimaro eran brillantes intelectuales que, como dice Martí en el opúsculo a *Los poetas de la guerra*, firmaron sus versos con su sangre. Lo fue Rubén Martínez Villena, lo fue Martí en grado sumo, y eso es lo que Alfredo consideraba que era la herencia legítima.

Había otras herencias legitimadas, pero que no eran legítimas; la herencia verdadera venía de allí, de tales hombres, de tales ideas. Y sobre todo venía de la necesidad que él siempre planteaba de que no quería élites; él consideraba siempre la necesidad de hacer vanguardias, y que los revolucionarios no tenían por qué ser cosacos con una bomba encendida en cada mano y que hacía falta un refinamiento de la sociedad. Le espantaba la vulgaridad, le espantaban las cosas que, para ser populares, tenían que ser feas, aborrecía eso; lo aborrezco yo también. Creo que el pueblo merece, y todos merecemos, la belleza, que es tan importante en las cosas y en las formas. Aborrecía los discursos absurdos, las palabras huecas, los comunicados leídos; todo eso le producía náuseas.

Era, además, un hombre muy valiente. Alguna vez presencié a la entrada del ICAIC que apareció uno con un poder enorme en aquel momento, porque las revoluciones son así. Entonces Alfredo le dijo: "Estoy en una república literaria." Y, por tanto, que nadie se ofenda, porque Alfredo todos sabemos cómo pensaba, cómo

era, y lo que voy a referir era un atributo intelectual más que una opción que, además, él tenía con la mayor dignidad. Le dijo: “Déjate de mariconerías conmigo porque yo sí es verdad que te mato.” Y eso era verdad, eso era verdad porque muchas veces vi sus propias armas y estaba dispuesto a eso.

Y cuando llegaron las horas de las penumbras, que solamente ocurren en las revoluciones verdaderas... No olvidemos cuando va a subir Dantón, y le dice a Robespierre: “Te precedo en la muerte.” Quiere decir, las revoluciones, cuando son verdaderas, implican este riesgo, sobre todo para los que desde la lealtad están dispuestos a decir siempre la verdad.

El momento crítico fue cuando llegó la UMAP, cosa que ya se ha analizado, y que Fidel se echó él la culpa, y que Raúl asumió la responsabilidad de un momento histórico crítico. Y como íbamos para allá casi todos –yo había ido a buscar el amparo de Haydée y fue ella la que me sacó--, y entonces vivía una mujer extraordinaria, que nunca aparece en la historia, pero que era la gemela de Haydée, con una manera diferente; era una mujer parca, de una voz grave, con su pelo blanco maravilloso, con su rostro cincelado, pálido, elegantemente vestida, y a cuyo despacho llegamos todos hambrientos, desbaratados, y entonces allí fue donde nos encontramos con Silvio, Pablo, Noel Nicola, Rebeca Chávez, Fernando Rey. Íbamos a almorzar con Aida. Y Aida era como el espejo de aquello que estaba pasando, y era amiga queridísima de Alfredo; para ella, Alfredo era una personalidad extraordinaria. Cuesta mucho trabajo porque, cuando llegamos a un determinado momento, las mismas presunciones de Alfredo nos amenazan.

Claro, la vida de un joven se puede extinguir en nada de pronto, la vida es frágil; pero cuando se han sobrepasado todas esas etapas: la enfermedad, las complejidades, las preguntas tremendas, como aquella que delante de mí le hizo Fidel, en la Casa de las Américas, a Miguelito. Le dice Fidel: “¿Miguel, cómo fue? ¿Cómo fue que tú te quedaste?” Y Miguelito le dijo lo que yo habría podido decirle también en ese momento: “No, Comandante” –le dijo en un momento de extraordinaria honradez--, “yo no me quedé; yo me fui quedando.” Es decir, vamos a dejarlo para mañana y para pasado; lo mismo me pasó a mí porque, además, el riesgo de la singularidad es muy grave; es decir, Alfredo se vestía como le daba la gana, y yo también. No es que no me guste, a mí me encanta, comparto con Alfredo, como Maceo, cuando le escribe a un norteamericano que le hablaba de Cuba, y Maceo le responde diciéndole: “Más que nunca creo en la causa.” Pondera la lucha, y le dice: “Y no olvide los pañuelos blancos y el agua de colonia que me tiene prometido.”

Entonces yo los tengo también, y el agua de colonia. Y Alfredo se meaba de risa cuando me daba de comer chocolates blancos, o cuando en su apartamento bello en París me dio marrón glacé. Entonces él se reía de eso. Quiere decir: debemos aspirar para todos al marrón glasé, a los pañuelos blancos y al agua de colonia, que no sea el privilegio de los que los pudimos tener una vez. Para eso hay que luchar y hay que tener valores, porque el momento es difícil.

Ya Alfredo se fue, pero su idea está ahí, su pensamiento está ahí. Y él creyó que ese pensamiento prevalecería, por eso se apuró en publicar sus libros.

Tuvo querellas gigantescas, y las ventiló con un gran valor. En sus libros están los documentos probados y su enfrentamiento con farsantes u hombres extraviados que en un determinado momento tenían en sus manos, al parecer, los resortes del poder.

Alfredo tenía una gran angustia existencial. Su amistad con monseñor Carlos Manuel de Céspedes fue determinante. Yo me enteré el último de la enfermedad final, y el padre Céspedes se quejaba con amargura: “Yo debía haber estado junto a él”, porque eran muy amigos. Quizás para que le dijera, como le dijo Juan Marinello al padre Gaztelu, al sacerdote, poeta e intelectual, cuando llegó junto a él al momento crítico, y Marinello, dándose cuenta de lo que significaba la visita del poeta, pero también del sacerdote, le dijo: “Déjame morir tranquilo.” Quiere decir: déjame morir con mis ideas.

Por eso Alfredo habla ahí de su iglesia y de la otra iglesia, con todas las connotaciones que eso tiene; las connotaciones dogmáticas, las connotaciones escolásticas, que las comprende y las vive y las padece, y por eso aspira a que la juventud sea iconoclasta, que sea culta; quiere una juventud intranquila, pero no quiere jacobinos a destiempo; quiere que sea una interpretación siempre actual de la historia, porque lo que hasta ayer se vio a la luz de la razón cuando otros medios existían para entender las cosas, hoy las podemos ver desde un ángulo distinto. Aunque Hart me dijo una vez unas palabras que iluminaron mi análisis: “Toda modernidad está necesariamente precedida por otra.” Así que no me digan que son modernos porque yo también lo fui. (RISAS) Pero la modernidad, como la juventud, es una enfermedad que se cura con el tiempo. Vamos a tratar de asumir el concepto de la juventud como un tema, como un manifiesto de ideas, más allá de la piel cansada y la senectud.

Alfredo amaba intensamente, quería las cosas, batalló a muerte por lo de Servando no por los cuadros, sino por el ser humano, cuando nadie entendía nada; porque los que mientan, los que nieguen la certeza erótica de la sociedad cubana no viven en ella, o son unos hipócritas. Y entonces Alfredo defendió apasionadamente al artista, víctima de unas incomprensiones mortales. Gracias a él llegué yo a Servando, que era una persona encantadora. Murió tan joven, a los cincuenta y tantos. Había preparado todo lo que le rodeaba para hacer de aquello el lugar más maravilloso del mundo.

Pero, muerto Servando, empezó el desastre, como suele pasar siempre con los falsos herederos. Lo eran jurídicamente, pero no se dieron cuenta de que la herencia tenía otra magnitud. Y es lo que le pasó a Alfredo, de ahí la afirmación final: “Muerdo solo.” “Fue lo que tú escogiste”, respondió el interlocutor. Y ese es el gran problema: el misterio de la soledad y también el misterio del acompañamiento.

Él siempre quiso estar rodeado de gente joven. Se veía en ellos como en un espejo. Fue quien me llevó a García Márquez con un escritor joven cubano que él protegía en ese momento extraordinariamente. Y entonces nos encontramos en la Plaza de Armas. Y a mí me causó una impresión extraordinaria la conversación con él y con Mercedes. Hicimos un recorrido por La Habana Vieja. Y Gabo, hasta el final, siempre volvió.

Alfredo y Fidel: la relación era una relación nacida de una comunión de ideas y de una verdad que siempre dijo Alfredo. No se atrevió jamás a decir: desde que lo vi creí que era él... No, no; cuando lo vio, él dijo: este puede ser esto o esto, las dos cosas. Porque, ¿quién es el que llega? Este joven elegante, buen tipo, vestido con su traje espléndido, con su leontina con un ancla de diamantes, no podía imaginar que ese sería el demolidor de todo, empezando por lo suyo propio. Por eso, los que tuvimos la posibilidad de estar cerca del uno y del otro, nos dimos cuenta del sentido verdadero de esa relación.

A Alfredo no le interesaba un Fidel que trataba desesperadamente de remediar los problemas de una administración ineficiente en la sociedad; le interesaba el pensador, creía en el pensador, y creía en algo más: creía en la utilidad del sueño. Hoy, desde la roca del pensar, porque está el filósofo prisionero de su propia naturaleza, pero con la libertad en su imaginación, puede, como el personaje fascinante, recorrer su jardín y ver las extrañas plantas y las flores, y pensar en política, en lo que se hizo y que el tiempo no podrá demoler.

Cuando generalmente se simplifica la obra de la Revolución en la educación, en la medicina, en el deporte... se olvida que la obra principal que se propuso la Revolución fue una obra moral, regeneradora, cuyas consecuencias económicas serían el acceso de todos a una vida mejor.

Por eso, ante esta coyuntura y antes de su muerte, Alfredo creía en la necesidad de una refundación del socialismo; creía que era necesario, desde la soberanía de Cuba, pensar en algo que no era un entretenimiento teórico, sino plasmarlo en la realidad. Él creía en las transformaciones que la Revolución en esta etapa protagonizaba. Aborrecía la idea de que el Estado era el controlador de todo, y defendía en el pensamiento lo que defendió para él mismo, y trataba de infundirle eso a la joven gente. Por eso se fascinó, por ejemplo, con la Universidad de Santiago de Cuba. Llegó a Santiago y se quedó maravillado con lo que escuchó de los jóvenes que le hablaron, se quedaba maravillado cuando venía aquí y conversaba con ustedes².

Llegué aquel último día del Congreso en el Palacio de Bellas Artes, y vi los ojos de los jóvenes que estaban allí, y me di cuenta de que en la Asociación había una gran esperanza para volver a encontrar a una vigorosa generación de pensadores, de artistas, de gente que aporte inquietudes, que persuada, que convenza, que nadie crea que tiene el monopolio absoluto de la verdad, que hay hoy más que nunca que escuchar, poner la mano en el corazón de las personas, hablar con la gente. Ese es el legado que creo más importante del pensamiento de Alfredo.

¿Aristocrático decían que era? Es verdad. Pero pertenecía a una aristo que no es la del poder material, sino a una aristo del pensamiento. Hablaba de los clásicos griegos como quien habla del aula primorosa de la Universidad donde le tocó estudiar Filosofía, Letras, pensamiento. No fue abogado como otros. Siempre quiso ser y fue un humanista.

² Se refiere a los jóvenes escritores y artistas agrupados en la Asociación Hermanos Saíz.

El cine fue un vehículo para él. Si tú vas a ver cuántas películas hizo Alfredo: ninguna. Es sencillamente aquella gestión inicial con los artistas tutelares de la gran generación del cine cubano que le acompañaron entonces: Julio, Tomás Gutiérrez Alea...

Me acuerdo que un día, en una biblioteca decomisada, encontré algo asombroso: un libro de versos de Tomás Gutiérrez Alea. Entonces corrí con el libro y fui a ver a Titón, que era mi amigo. Le llevé el libro. Y lo cogió y me dijo: “Qué favor me has hecho.” Era una edición de muy pocos ejemplares. Cogió el libro y se lo llevó, porque se avergonzaba de haber escrito versos (RISAS), y me agradeció como nadie que le entregara el libro.

Me buscaban para hacer las películas del ICAIC. Siempre tuvieron en la Oficina del Historiador y en aquel barrio que iba como renaciendo y en el cual invariablemente Alfredo creyó, un escenario para todas las filmaciones. De ahí *Lucía* y todo lo que se hizo allí.

Un día Alfredo me llama y me dice que Titón necesitaba mi apoyo como un asesor eclesiástico, porque iban a hacer *Una pelea cubana contra los demonios*. Bueno, entonces fue la entrevista mía con Titón, y él me pidió lo insólito: “Necesito unos piratas”. Digo: “¿Cómo que piratas?” Y dice: “Sí, necesito unos piratas como extras para llevarlos a Trinidad para la película, y Alfredo me ha dicho que tú eres el único que puede.”

Entonces busqué. La Habana Vieja todavía era un lugar mucho más misterioso que lo que es ahora. Y me metí por la kasba y busqué a Gabriel Tian, un gordo grande que era tuerto, amigo mío y le dije: “Tian, necesito piratas.” A las 24 horas ya había una gavilla (RISAS). Necesitaba también ropas de iglesias. Figúrense, me volví loco buscando curas amigos y me prestaron ropas. Entonces salimos para Trinidad. Allí me dijo Titón: “Hay un solo problema: la situación aquí es muy difícil, y entonces hemos conseguido, hemos traído una lechona asada que no se puede tocar, porque no he querido que sea una lechona de atrezo, sino que sea de verdad pero que esté ahí; pero cuando lleguen los piratas en el asalto.” Entonces le dije a Tian: “Fíjate, Tian, aquí todo está permitido, menos tocar la lechona.” Y me aseguró: “No, no te preocupes, en eso no hay problemas.”

Entonces, en el momento que está José Antonio en el papel del cura, en la bendición del ingenio, irrumpen los piratas, la gente corriendo, y aquello fue de un realismo impresionante. Uno de los señores era Armando Bianchi, que era un hombre de una simpatía extraordinaria. Entraron los piratas y a lo primero que le fueron arriba fue a la lechona. Se la comieron antes de la violación de las mujeres, se comieron todo aquello. Y entonces Titón se halaba no el pelo, se halaba la ropa. Al rato me llama Alfredo, y me pregunta: “Óyeme, Eusebio” –como hablaba él--, ¿qué es lo que ha pasado, hijo, con una lechona que se comieron?”

Alfredo usó de su poder político para echar adelante obras maravillosas y extraordinarias. El ICAIC estaba en ese momento en una ruina decadente con aquel edificio que a su regreso transformó completamente. Cuando lo llamaron, le dije: “Alfredo, ¿quieres que te haga una anécdota? Alguien escuchó a Máximo Gómez decir que cuánto le gustaría ir a Camagüey a luchar con Agramonte. Y fueron a ver a Céspedes y le dijeron: este quiere ir para allá. Y entonces Céspedes lo mandó a buscar y le dijo: “Escoja unos pocos hombres y váyase a la sierra”, algo así como “hasta que yo me acuerde”. Se fue con lo que Gómez llamó los doce apóstoles. Y

cuando murió Agramonte, lo manda a buscar y Gómez le dice: “Mi general presidente, aquí tiene a su viejo soldado.” Y él le dice: “Lo nombro jefe para Camagüey, salga para allá.”

Y entonces a Alfredo le pasó lo mismo: cuando fracasa la película y viene el tiempo en París, fue un tiempo muy fecundo para Cuba, de gran apoyo para Cuba porque él se rodeó rápidamente de lo mejor de la intelectualidad en esa nación y la comprometió.

A su regreso, inmediatamente transforma todo el piso que ocupaba, lo llena todo con los cuadros que tenía, y trajo a un perrito maravilloso. Uno entraba a verlo y el perrito estaba sobre el buró, y él decía: “A ver, ¿cómo tú me quieres?” Y el perro empezaba a hacer gracias. Porque tenía esas cosas también del muchacho que nunca dejó de ser.

Por eso, más allá de la vida, cuando faltan unos días para que él cumpliera 90 años, me alegro de celebrarlo. Y espero, Alfredo, que sé que estás cerca, que sepas comprender que he tratado de dar un testimonio lo más próximo posible a lo que tú fuiste, cosa que es imposible.

Gracias.

(Algunas respuestas a preguntas que le formularon desde el público)

Hay que tener en cuenta que el origen no determina, el origen es un punto de partida. Fidel, Raúl, Céspedes, no tuvieron esa posibilidad. Es el desarrollo de las ideas el que lleva a los seres humanos a asumir un camino, una conducta.

Uno necesita desear el conocimiento, tiene que desear el conocimiento. Hay un nido, hay tres pájaros, y hay uno que pide y pide, pero no alcanza; y hay otro que pide y pide, y lo logra. Hay pichones que no vuelan a tiempo y, cuando se van los padres, están condenados a morir. Entonces hay que saber volar a tiempo. Hay un momento en la vida y hay épocas...

Se los digo porque ayer, por ejemplo, se graduaban decenas de jóvenes que han estudiado en una escuela de oficios, y yo les hablaba de la importancia de la conciliación entre la mano y la cabeza. Y ya comprendí hace mucho tiempo, como una vez me dijeron, que la mano ejecuta lo que el corazón manda. Quiere decir, no hay antagonismo entre lo uno y lo otro, pero uno tiene que desearlo.

Aquí, antes de la Revolución, se formaron grupos de personas. Por eso creo que no se puede olvidar que la Sociedad Pro-Arte Musical realizó aquí una obra extraordinaria; una señora, que era una aristócrata de verdad, que era María Muñoz de Quevedo, consumó una obra extraordinaria, y por ahí pasan Alicia Alonso, María Teresa Linares, Argeliers León, Marta Arjona, gente que escuchó el llamado y buscó la oportunidad; uno tiene que buscar la oportunidad.

A algunos contemporáneos míos, por falta de interés mío o porque lo dejé para mañana, no los conocí; pero cuando tuve una noción de lo efímera que era la vida de algunos hombres, como sería la mía, pues acudí nada más y nada menos que para estrechar la mano de Fernando Ortiz y de José María Chacón y Calvo, de aquellos

grandes hombres; de los pintores, de Portocarrero, de Mariano, de Víctor Manuel; los recuerdo a todos. Pero fue la avidez; cuando no podía, alguien me los presentaba.

Recuerdo cuando llegué a ver a Luis Martínez Pedro, que quería conocerlo, porque quería relacionarme con la gran generación de los pintores. Me recibió como era él, con una chaqueta americana preciosa, con un pañuelo atado aquí al cuello, con un trago en la mano, y me dijo: “Joven, le advierto que yo no regalo cuadros; (RISAS) ese es Portocarrero, yo no.” Y entonces le dije: “No, maestro, yo no vengo a pedirle nada.”

Inmediatamente se dio cuenta de que me había descolocado, y me dijo: “Pero, mire, yo le voy a dejar para el Museo eso que usted ve en la pared, que es un mascarón de proa de una nave perdida, que compré en Baracoa, eso se lo voy a dejar.” Murió Martínez Pedro, y me llamó la esposa y me dijo: “Hay una cosa para usted.” Quiere decir, él me zarandeó, pero después cumplió su palabra.

Así me pasó con otras personas: Enrique Labrador Ruiz, por ejemplo, o con Cintio Vitier, mi amigo querido. Yo le decía el patriarca de Aquilea. Le gustaba muchísimo, porque era un título antiguo. Habíamos acudido a los intelectuales, Leo, que es un santo, habíamos acudido todos juntos a Venecia, a una acción cultural sin precedentes; Alfredo también. Y entonces Fina salió y le robaron la cartera. Estaba, figúrate, en una situación desesperada. Pero no fue eso solo: salió caminando con Cintio, y de pronto venía, como en la película, una manifestación contestataria, con bandera roja y todo, y ellos iban delante, y no sabían nada de aquello. Bueno, pero conocí a esas personas. Y solamente el poder acariciar la mano de esas personas, poder saludar a los contemporáneos y a los que sean de otras generaciones me transmitió algo.

Uno debe tener la avidez por la cultura. Comprar un libro es una cosa gigantesca. Por eso digo que agradezco a Alfredo que me trajo Marguerite Yourcenar, me trajo el *Opus Nigrum* y varias obras más; estaba entonces deseando conseguir la obra de Marcel Proust, figúrate, que costaba un ojo de la cara.

Pero el tema es la avidez por saber. Hay quienes esperan que les lleven el conocimiento a la puerta. No puede ser así, yo pienso que una de las grandes obras de la Revolución fue desencadenar todos esos sueños postergados por generaciones. Por ejemplo, cuando se creó la Cinemateca de Cuba, tan animada por Alfredo, nosotros inmediatamente sacamos el carnet. Íbamos a ver la Cinemateca, que era una pasión, aquí en La Rampa y en el Rialto, que era un cine muy singular. Allí vimos todo el realismo italiano, los *fratelli* Taviani, apreciamos las distintas etapas de la historia del cine, pero teníamos esa avidez.

Algo parecido sucedía con la biblioteca. Yo no tenía libros; sólo contaba con la biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País. Ir allí y con la credibilidad, el carnet, qué honor tan grande, y después llevar el libro intacto luego del disfrute para devolverlo. Quiere decir, el problema no es solo el tema de que existan las oportunidades; uno tiene que buscarlas y arrebatárselas al destino también.

Siempre he relatado que mi encuentro con Emilio Roig fue una cosa tremenda. ¿Por qué? Porque yo había dado una conferencia, a partir de mi formación tan escolástica y cuando comprendí la magnitud de mi error,

fui a ver a un ilustre sacerdote jesuita y me dijo: “No, no, pero eso no es decir que vienes aquí a arrepentirte; tienes que ir allí a hacerle una restitución, que es como se llama eso.”

Llegué y me presenté a aquella muchacha, María Benítez diciéndole que quería ver al Dr. Roig.” Y me pregunta: “¿Con qué fin?” Le expliqué que era un asunto muy privado. No le quedó más remedio que dejarme subir. Cuando entré hallé a Roig sentado, vestido de blanco, impecable y comencé: “Maestro, vengo a restituirle, por esto y esto y esto.” ¿Qué hizo? Me hizo así con la mano, queriendo decir: esto ha terminado.

En ese momento no podía imaginarme siquiera lo que iba a depararme el destino. Volví luego muchas veces a verlo y a aprender y a conseguir los libros y a asistir a las conferencias, deslumbrado por su capacidad de trasmisión. Y allí conocí a todos esos grandes hombres, muchos de los cuales hicieron y hacen historia.

El subdesarrollo genera una falta de memoria. Hay que empezar siempre lo que ya está empezado, volver a honrar a los que una vez fueron honorables y están olvidados; hay que retornar siempre. Aquí, para el olvido, nada más que hay que morir, por eso este acto tiene un gran valor; por ahí van del brazo, además, dos malos sentimientos: la ingratitud y la envidia, que constituyen una serpiente bicéfala. Por eso es tan importante insertar la memoria, construir el legado y darnos cuenta de que no nos hacen falta seguidores, nos hacen falta discípulos.

*(Intervención del Dr. Eusebio Leal Spengler, historiador de la ciudad, en el espacio *Dialogar, Dialogar*, de la AHS, 23 de diciembre de 2015. Tema: **la impronta de Alfredo Guevara**)

[Ir arriba](#)

Publicación digital de la Comisión de Cultura y Medios de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en colaboración con la Asociación Hermanos Saíz y el Ministerio de Cultura.



Consejo Editorial: Elier Ramírez Cañedo, Magda Resik, Luis Morlote, Rolando Pérez Betancourt, Paquita Armas Fonseca.

Estos textos pueden ser reproducidas libremente (siempre que sea con fines no comerciales) y se cite la fuente.

Nuestro correo electrónico: revistasedicecubano@gmail.com

[Ir arriba](#)